

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . . 40 RS.

TRES MESES. 24

SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras, una rebaja de 10 y 15 por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . . 8 rs.

TRES MESES. 20

SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras, ó una rebaja de 10 y 15 por 100 en efectivo.

ADVERTENCIA.

Se recuerda á los señores suscritores, que con el presente número concluye el tercer trimestre. Los que gusten continuar favoreciéndonos, se servirán hacer la oportuna renovación si residen en provincia. A los de Madrid se les enviará el recibo al domicilio, según costumbre.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—La sota de espartas (novela, conclusion).—Douvres.—Las plagas de Egipto en Madrid (costumbres).—Carruages estranos.—El rayo.—Costumbres españolas; De los baños públicos y de las termas españolas.—El puente del Espíritu Santo, en el Ródano.—Historia general de España por don Modesto Lafuente, (artículo segundo).—Causa formada en 1841, contra el brigadier don Gregorio Quiroga y Frias (conclusion).—Mosáico.—Gaceta devota de la capital.—Escenas de la vida positiva; logotipo, solución del inserto en el número anterior. Este número lleva trece grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. Cuando los poderes públicos no tienen ninguna moderación en el ejercicio de sus derechos, tarde ó temprano llevan consigo la ruina, sucediendo que vienen á servirse un día de los mismos abusos que constituyen su fuerza para debilitarla. La prensa acaba de hacer esta cruel experiencia en Francia. La prensa, aunque propiamente hablando no era un poder, había recibido esta calificación diversas veces, y había escitado mas de una vez los celos de los poderes públicos. La prensa despues de la revolución de 1848 había puesto en acción los medios mas escandalosos, y había abusado de ellos; oy los va á esperar todos por la nueva ley de imprenta que acaba de aprobar la Asamblea nacional; ley intentada precisamente en una república, la cual ingenuamente ha colocado á la prensa en un lecho de roensto, contando con la masa de todos los ciudadanos sensatos que recuerdan con dolor los excesos de aquella. La Asamblea legislativa ha sido el instrumento de este castigo que se ha impuesto á la prensa por las saturnales de su libertad ilimitada. La Asamblea armada de su derecho legal se ha creído sostenida contra los diarios por la opinion pública. La prensa naturalmente ha clamado. Entre otros, un periódico amado *El Poder* ha criticado amargamente las disposiciones de la Asamblea. Este periódico pasa por el órgano de las doctrinas personales del presidente de la república, no es un diario propagador de doctrinas anárquicas, lejos de esto tiende á una restauración imperial; escribe en un lenguaje grave y mesurado, y no apela á las pasiones; y echaba en cara á la Asamblea el presentar frecuentemente un espectáculo revolucionario, manteniendo y provocando por una tal agitación las pasiones del país.

Los términos en que se expresaba *El Poder* eran de una terrible severidad; expresiones sin embargo que mas de una vez se ha servido el presidente de la Asamblea Dupin, para reprobar la conducta de los editores de los escandalosos tumultos que frecuentemente han deshonrado esta Asamblea deliberante.

Los redactores de *El Poder* fueron citados el día 18 comparecer en la barra de la Asamblea. El editor responsable llamado Lamartiniere, fué acompañado de su abogado Mr. Chaix d'Est-Ange, quien en un vigoroso discurso negó que estuviese vigente la ley que se invocaba para hacer comparecer en la barra al titular de *El Poder*, no reconociendo que los grandes poderes del estado pudiesen ser jueces en causa propia, sino que el jurado era el único tribunal del país en materia de imprenta; adujo la cita de varios artículos de periódicos donde se daba cuenta de las sesiones de las Asambleas legislativas y de sesiones réas, deduciendo que desde que existía en Francia el sistema parlamentario, la imprenta había tenido el derecho de juzgar los actos de los grandes poderes del estado.

Determinada la defensa, el presidente propuso á la Asamblea dos cuestiones: 1.ª si el acusado era culpable del delito de ofensa á la Asamblea; 2.ª si era culpable del delito de ataque á los derechos y á la autoridad de la Asamblea. La primera pregunta fué contestada afirmativamente por 273 votos contra 134. El editor de *El Poder* fué condenado por delito de ofensa contra la Asamblea, la que declaró no haber lugar á proceder á la segunda votación, y constituyéndose en sesión secreta le aplicó la pena de 5,000 francos de multa.

Despues de la ley de imprenta, adoptada por una gran mayoría; la Asamblea se ha ocupado de la discusión del presupuesto, en la que ha avanzado rápidamente, agotadas sus fuerzas en la discusión anterior.

La Asamblea decidió el día 17, despues de haber oido á una comision de que fué órgano Montalembert, prorrogarse por tres meses desde el 11 de agosto, desechando todas las enmiendas que tendian á reducir el plazo á menor término. Tres meses de suspensión despues de una legislatura de diez meses y de haber votado 228 leyes no es una vacación excesiva.

Segun la constitucion, la Asamblea en caso de próroga debe nombrar una comision de 25 miembros, sin contar los individuos de la mesa, que tiene el derecho de convocar en casos urgentes la Asamblea, y esta se preparaba para el nombramiento por escrutinio de aquella comision, que ha diferido elegir á pesar de las reclamaciones de la Montaña que queria ganar la elección por sorpresa. En el ministerio se habían suscitado algunas divisiones, y el general D'Hautpoul había hecho su dimision, empero no la había aceptado el presidente de la república.

Las negociaciones entre el Austria y la Prusia relativas á la cuestion federal alemana habían tomado un giro inesperado. Sábese que la Prusia, abandonada la esperanza de establecer el *interim* del poder central se había declarado dispuesta á recibir proposiciones tendentes á formar un poder definitivo.

Las relaciones de la Prusia con el Hannover se resentian tambien de la irritacion producida por los actos del gobierno hannoveriano, hace algunos meses.

La Prusia ha concluido con el gran ducado de Baden una convencion militar en virtud de la cual algunos batallones badeneses guarnecerán algunos puntos de los estados prusianos, mientras que las tropas prusianas ocupan el gran ducado.

El Austria despliega una gran moderación en el gobierno de las provincias recientemente sometidas por las armas á su obediencia. El mariscal Hainaut, gobernador de la Hungría, ha sido destituido por el régimen rigoroso que observaba en aquel país, aun pasados los momentos primeros de la restauración en que el Austria manifestó tanto rigor y derramó tanta sangre.

Ha sido separado en virtud de acuerdo del consejo de ministros por no haber obedecido las instrucciones del gobierno, por no haber comprendido su mision, y por haberse atribuido las prerogativas de la corona, ejerciendo el derecho de indulto sin consideración á la misma. El feld mariscal Hainaut sin embargo, ha hecho una declaración defendiendo su conducta. Despues de su destitucion, todas las comisiones militares de Hungría han cesado en sus funciones.

El cuerpo de ocupación austriaco de la Toscana se ha reducido de 10,000 hombres á 6,000. Se espera que el Austria concederá instituciones representativas, aunque con ciertas reservas, á los estados de Italia.

En Cerdeña el ministerio continúa sosteniendo el espíritu liberal, preparándose á sostener las instituciones, cualesquiera que fueran los sucesos que pudieran sobrevenir por la actitud abiertamente reaccionaria que ha tomado el rey de Nápoles.

La escuadra inglesa que se hallaba en el Mediterráneo, se ha presentado delante de Sicilia, dispuesta á obrar sobre los sucesos, bajo el pretexto de reclamar indemnizaciones para los súbditos ingleses, por las pérdidas que han tenido en las revoluciones de aquel país.

En Roma ha comenzado á organizarse el ejército pontificio con oficiales y sargentos franceses.

El respetable y anciano veterano general Taylor, presidente de los Estados Unidos, ha fallecido en Washington el 9 del corriente, segun parte telegráfico espedido

en Paris el 24 á las once y media de la mañana. La muerte del presidente debe causar grande influencia en los Estados Unidos, en donde no se verificará una nueva elección hasta que espire el plazo, durante el cual debia ejercer el poder el difunto presidente, que es hasta el 4 de marzo de 1853; de consiguiente ejercerá el supremo mando el vice-presidente de los Estados Unidos, que lo es tambien ahora del senado, Mr. Millard Fillmore natural de Nueva York. Veremos si este suceso influye en las esperanzas de una porción de oscuros aventureros que intentaban renovar sus actos de piratería olvidados del benigno escarmiento que han recibido sobre las costas de Cuba.

Interior. La reina nuestra señora continúa tan bien en su importante salud y tan rápidamente en su convalecencia, que el gobierno ha creído conveniente suprimir los tres partes diarios con que en estos dias de terrible prueba calmaba la pública ansiedad.

S. M. ha consagrado el primer momento de su restablecimiento á un acto de clemencia, en memoria de la gran felicidad que un momento la dejó entrever el ciclo con el nacimiento del príncipe de Asturias, felicidad que probablemente le otorgará otra vez mas cumplidamente, cediendo á los ruegos y fervientes votos de 14 millones de españoles. La reina Isabel ha creído que en el momento en que su corazón se hallaba quebrantado de dolor, debia enjugar las lágrimas de tantos como en las cárceles y presidios del reino fundaban sus esperanzas en que la Providencia la concediese la dicha de ser madre; ha creído que el golpe que afligia su corazón debia sufrirlo ella sola, y así en la mansion del dolor y del sufrimiento han resonado los ecos del consuelo como si el príncipe de Asturias viviese, como si la reina lo estrechase aun en su seno maternal, siendo el primer decreto que ha firmado en memoria del nacimiento de su hijo, y en agradecimiento á la Providencia que la ha concedido su pronto restablecimiento, un indulto amplísimo y general.

S. M. ha sabido todos los terribles pormenores de la desgracia que ha sufrido su maternal corazón, y los ha oido con una resignación y conformidad cristiana, propias de la primera Isabel cuyo nombre tan dignamente lleva. Tenemos que renunciar á describir el terreno espectacular que ofreció la presentación del retrato del príncipe de Asturias pintado por el eminente artista don Federico Madrazo, acto que presenciaron únicamente la reina madre y el rey, y que ha afectado sensiblemente el corazón de la desconsolada madre que puede contemplar las facciones del hermoso príncipe que ha perdido y que llorará España por mucho tiempo.

En Cataluña han aparecido algunas pequeños partidas que mas tienen el carácter de ladrones que no color político; pero perseguidas activamente por las tropas del principado han casi desaparecido.

De un momento á otro se aguarda en esta córte á nuestro embajador en Nápoles duque de Rivas, que el día 10 había llegado á Roma, habiendo abandonado á Nápoles en el momento que supo se había celebrado el matrimonio del conde de Montemolin con la princesa Carolina, hermana del rey de Nápoles.

REVISTA DE MADRID.

En lugar de la que esperábamos para el presente número, nuestro apreciable colaborador don JOSE MARIA DE ANTEQUERA, nos ha dirigido la siguiente carta de despedida.

SEÑORES REDACTORES DE LA SEMANA.

Mis muy apreciables compañeros y amigos: Vds. probablemente habrán oido mas de una vez, como lo he oido yo mas de ciento, un dicho que corre de boca en boca, y que los habitantes de esta ciudad repiten sin cesar cuando describen las glorias y grandezas de la córte de España. «De Madrid al cielo, dicen ellos; y desde el cielo un agujero para mirar á Madrid.»

Si he de decir verdad, no encuentro nada de raro ni de vituperable en este sentimiento de inocente y patriótico entusiasmo. Es justo que los verdaderos madrileños piensen de este modo. Probablemente en Paris y en Londres, donde yo no he estado, habrá gentes

que digan lo mismo respecto de estas capitales, y quizá será mas justo todavía. Por otra parte, si los madrileños comparan su patria con Pinto, Getafe, Fuencarral, Hortaleza ó Vallecas, que es hasta donde suelen alargarse sus escursiones ordinarias, acabaré por considerar justísimo el que tengan á Madrid tan señalada y esclusiva predilección.

Mas les diré á vds. todavía. Yo soy afecto á Madrid como el que mas, y deseo vivir en él. Para cuando me muera, tambien deseo, como buen cristiano, «ir de Madrid al cielo;» y si en el cielo hay agujeros,—de lo cual yo no sé nada,—y por alguno de ellos se ve á Madrid, aseguro á vds. que no dejaré de dar algun vistazo, porque cuando se trata de ver cosas buenas soy muy poco escrupuloso en utilizar cualquiera agujero, rendija ó resquicio por donde pueda atisbarse la mas mínima parte de eso bueno que trata de verse.

Y hablando con ingénuo franqueza, ¿qué poblacion en España podrá reemplazar á Madrid para cierta clase de sus habitantes? Los artistas, que necesitan numerosos parroquianos; los comerciantes, que han menester muchos compradores; los tenderos, que viven del inmenso consumo de comestibles; los agentes de negocios, los corredores, los traficantes, los caballeros de industria, que viven constantemente sobre el pais, ¿dónde, sino en esta Babilonia encontrarán terreno en que vean el fruto de su trabajo? Condenen vds. á todos estos ciudadanos á un destierro de Madrid, y es equivalente esta condena á la interdicción del agua y el fuego que se estilaba en un pueblo de la antigüedad y cuyos resultados saben vds., como yo, cuales eran.

Pero si Madrid me parece completamente aceptable para todas las épocas del año hasta que llega la presente, en la actual confieso á vds. que me parece completamente detestable. «De Madrid á cualquier parte, digo yo: y desde esta parte una enorme cadena de montañas que no me permitan ver á Madrid un instante siquiera.»

Tengo mis razones para pensar de este modo, y voy á dárselas á vds.

Yo, amigos míos, creo muy natural que guste la vida de Madrid cuando hay ferias, carreras de caballos, pavos y torrones, estrechos y aguinaldos, grandes saraos, innumerables bailes de máscaras, teatros de verso, ópera, y baile y una atmósfera despejada y serena, cuyos frios son siempre soportables aun en los crudos meses del invierno; pero no comprendo como careciendo de todos estos elementos de diversion y de recreo, y envueltos en una atmósfera pesada y sofocante, en una densa é insoportable neblina de calor, puedan desear los madrileños permanecer aquí hasta que llegue la hora de ir al cielo, y contemplar desde allí la vaporosa y ardiente niebla que envuelve por todas partes su mansion adorada.

Porque una de dos; ó durante este tiempo se piensa permanecer en el estado de oruga, sin dar señales de vida, como le sucede á algunos insectos durante todo el invierno; ó se piensa continuar en el de mariposa para disfrutar con libre vuelo cuanto de bueno y de malo nos ofrece el curso de la vida ordinaria. Para el primer caso no alcanzo que preferencia pueda darse á Madrid sobre ningun otro pueblo; para el segundo es indudable que cualquiera lleva la preferencia á Madrid.

Díganme vds. sino, cuáles son las ventajas y los goces que les ofrece Madrid en este tiempo. ¿Es por ventura la de vivir bajo una temperatura que se ha fijado en 30 grados para lo que queda de julio y agosto? ¿Es la de levantarse sofocado de calor y acostarse abatido por un aire caliente y abrasador? ¿Es la de almorzar y comer sin gana, estar privado de paseo y condenado á no darse á luz mas que en las tinieblas? ¿Es la de disputarse en la Puerta del Sol la posesion de un vehículo, que para satisfacción de vds., una vez obtenido, lo ven vds. andar mas despacio que las gentes que por la misma calle caminan á pié? ¿Es la de recibir citas para hablar de negocios á las seis de la mañana, porque la persona á quien se busca sale á sus quehaceres á las siete y no recibe visitas á mayor temperatura que la de 17 grados sobre cero? ¿O es la de no tener saraos, reuniones, círculos, ni otra sociedad de ninguna especie fuera del Prado, que solo ofrece en esta época del año los restos de esa sociedad dividida por todas partes?

Porque en materia de teatros escuso retardar á vds. el estado en que por ahora se encuentran todos ellos. Vds. saben, lo mismo que yo, que el *Español*, á quien toda España tiene abandonado, se halla por ahora en suspenso: que el del *Drama*, muerto dos veces y resucitado otras tantas en la temporada anterior, murió al fin definitivamente, sin que haya logrado tercera resurrección; que el de *Variadas* ha variado de residencia y de domicilio: y que el Instituto, que tuvo la humorada de organizarse para la época de la desorganización general, acabó á /

fin sus dias agoviado con el peso de un drama detestable, de cuyo nombre no quiero acordarme. El *Ultimo Estuardo* fué la última funcion del Teatro de la Comedia.

Mientras esto pasa en Madrid, tienen vds. fuera de él y por todas partes numerosos alicientes y atractivos. Las playas de Santander estaran, á no dudarlo, tan concurridas como en el año anterior, y se verán en ellas brillantes y blondas hasta en el momento de tomar el baño, como en los teatros de Madrid se ven rosas y claveles. En la Coruña, donde se encuentra la simpática Teodora La Madrid, es regular que no cueste mas que un napoleon diario la luneta, que es lo que costaba el año pasado en Santander, atendida la circunstancia de ser verano y otras atenuantes. En San Sebastian habrá todo lo de costumbre y buenos bailes, que es lo principal de todo cuando se trata de baños. En Bayona tienen vds. las delicias de su vecino Biarritz, y ademas de esto muchos sastres y zapateros, que, como los de Madrid, hacen bien lo que quieren y mal lo que les parece, venden barato todo lo malo y caro lo mediano. En Barcelona, sobre sus teatros y sus bellezas ordinarias, hay este año alguna concurrencia de Madrid y otros puntos. Nada se diga de Valencia con su Grao y su Cabañal, en cuyas playas se bañan cien mil personas; ni del hermoso jardín de Andalucía, cuyas aromáticas y frescas brisas estan convidando á suspirar junto al arroyo y meditar en el silencio y en la espesura del bosque.

Por todas estas razones, yo, señores redactores, mis amigos, he dispuesto, si vds. á mal no lo toman, abandonar á Madrid y privarme de la amable sociedad de vds. mientras dure el mes de agosto. No sé todavía adonde voy, aunque les advierto á vds. que no es á París ni á Londres, ni á Bélgica, ni á Roma, ni á Milan. Aun no sé si salvaré la frontera y veré deslizarse mansas y serenas las aguas del Bidasoa. Pero esto, que ni á vds. les interesará mucho, ni á nadie importa gran cosa, no será obstáculo para que yo repita sin cesar con el héroe de la comedia de Breton: «Me voy, me voy de Madrid.»

No me ausentaré, sin embargo, antes de decir á vds. algunas cosas que sé, y que por su carácter de reservadas espero que no saldrán del estrecho círculo de nuestra redaccion, ni vds. harán de ellas un uso indiscreto.

Vds. sabran mejor que yo, porque lo frecuentarán mas que yo, que el Circo es ahora el punto de reunion de toda la buena sociedad de Madrid. Allí, donde se cruzan la Guy con la Fuoco, la Vargas con la Cámara, los ramos de flores con los brillantes, los aplausos con los vivos, y las ovaciones con las serenatas; á donde concurre reunida bajo una temperatura media de 40 grados, toda cuanta gente de pro existe en Madrid, ocurren dentro y fuera de telones tantos y tan chistosos lances, que ellos solos pudieran darme materia para escribir á vds. seis cartas. No contaré, sin embargo, mas que dos de ellos, los mas sencillos é inocentes, porque respecto de los demas, francamente lo digo, no tengo gran confianza en la reserva de vds.

Parece que en una de las noches de la semana anterior resolvieron varios *aficionados*, despues de deliberarlo maduramente, practicar un pequeño agujero en el tabique de tablas que separa el cuarto de un bailarín muy conocido, del de una graciosa bailarina, que á esta circunstancia reúne la de ser una hermosa muger. El agujero estaba dirigido hácia el punto donde se habia observado que solia estar en *deshabillé* la graciosa sílfide. La idea, segun me han contado, no era en manera alguna maliciosa, pues solo se trataba de estudiar unos perfiles al desnudo: mas por su falta de mérito y de originalidad en la invencion,—pues desde David hasta Napoleón se tienen noticias de muchas estratagemas semejantes,—bien merecia la imposicion de una buena penitencia; y sus autores la llevaron por completo. La bailarina, que tuvo ocasion de descubrir el engaño, llegó á su cuarto en el momento en que era esperada y se colocó precisamente en frente del *mirador*; entonces dijo en alta voz á su doncella que la desnudase. Despojóse en efecto del vestido, pero con suma cautela, empleando en esta operacion un cuarto de hora, durante el cual el entusiasmo y las ardientes esperanzas de los mirones iban subiendo de punto. Estos creian ya tocar al término de su dicha, cuando de pronto nuestra graciosa sílfide, poniendo su vestido en manos de la doncella, le mandó que le colgase, y al colgarlo ahogó con un tupido y espesísimo velo las esperanzas y las delicias de los espectadores. Algunos momentos despues hubo una larga y alegre broma sobre la estratagema proyectada.

La noche inmediata al beneficio de la *Fuoco* ocurrió en las lunetas otro conato amoroso, que no tuvo tan buen desenlace. Una graciosa niña madrileña estaba sentada en las lunetas entre su papá y otra hermana menor. Detrás de ella estaba sentado un joven

que la sigue con afán á todas partes, y notando esto que se lamentaba su objeto amado de la falta de un programa, no tardó en poner en sus manos uno, en el que habia escrito con lapiz las siguientes líneas. «Perdone vd. mi atrevimiento, lindísima señorita: yo no soy dueño de mis acciones, porque obro fascinado á toda hora por la magia y los encantos de vd. Seria vd. tan buena conmigo, que me proporcionase una entrevista, donde á *solas* pudiese manifestar á vd. la ardiente pasion que me inspira?» El papá de la niña, que no es corto de vista, atisbó las letras de lápiz, pidió á su hija el programa, que esta le entregó pálida y temblando, leyó el billete amoroso, y devolvió á su hija el programa sin decirle una palabra. Terminado el acto, indicó al pollo en cuestion que lo acompañase fuera del teatro.

Amigo mio, le dijo cuando salieron á la plazuela del Rey, tengo el disgusto de ver á vd. poseido de la magia y del encanto, hasta un extremo tal que se atreve vd. á pedir entrevistas á las hijas en las barbas de sus padres. Afortunadamente posco, y no tardaré en aplicar á vd., un remedio para curar á vd. radicalmente su dolencia; y enarbolando un enorme baston, que no se habia presentado hasta entonces en escena, comenzó á descargar sobre el pollo tal diluvio de garrotazos, que este huyó desparavido por la calle del Barquillo, sin que se le hubiese vuelto á ver despues en su luneta.

Si vds. me prometen reservar estas noticias, ofreciendo á vds. de vuelta de sus escursiones traerles otras nuevas y agradables, su siempre apasionado amigo y compañero.

JOSÉ MARÍA DR ANTEQUERA.

Madrid 27 de julio de 1830.

LA SOTA DE ESPADAS (1).

(Conclusion.)

III.

Quitándose el chal y el sombrero estaba Lisabeta cuando envió á llamarla la condesa, habia mandado poner el coche, y mientras que dos robustos la cayeron se esforzaban en colocar su pesada mole dentro del carruaje vió Lisabeta junto á si al joven ingeniero sobresaltóle su proximidad y mas todavía cuando sintió que disimuladamente le cogia la mano deslizando en ella un billete; en poco estuvo que no cayese desahilada, no obstante cobró aliento cuando vió que habia desaparecido; ocultó el papel entre los guantes y tomó asiento junto á su señora pero con una agitacion difícil de espresar. Acostumbraba la condesa siempre que salian á paseo hacerle preguntas sin cesar.—¿Quién es ese que nos ha saludado?—¿Cómo se llama aquel puente?—¿Qué hay escrito en la muestra de esa tienda?

Lisabeta no contestaba, y la condesa se impacientaba.—¿Qué tienes hoy criatura? ¿en qué estás pensando, no entiendes lo que te digo? ¡pues á fé que me soy tartamuda, ni hasta ahora tengo trastornada la cabeza!

De vuelta de paseo, lo primero que hizo la jóven fué correr á encerrarse en su aposento y sacar el misterioso papel: no estaba cerrado, así que la fué imposible dejar de leerlo: todo él se reducía á protestas de mas fino y constante amor, en términos muy patéticos y sentimentales porque el ingeniero lo habia traducido literalmente de una novela alemana; pero como Lisabeta ignoraba aquel idioma quedó muy contenta y satisfecha del respetuoso modo con que declaraba su pasion. Mil dudas la asaltaban en tanto: por la vez primera de su vida tenia un secreto que ocultar: se estrechaba solo de pensar que iba á entrar en correspondencia con un desconocido. Era una temeridad se reconvenia, pues, de su imprudencia y no sabia qué partido tomar.

¿Dejaré de sentarme á bordar junto á la vidriera decia para sí, y no dirigiré la vista al ingeniero, porque viendo mi indiferencia y frialdad desista de su intento? ¿le devolveré su billete, ó le escribiré en términos que le hagan ver lo que me ha agraviado su osadía?

La pobre muchacha fluctuaba en un mar de dudas no tenia una amiga que le aconsejase, y al fin se decidió á contestar. Siéntase á la mesa, toma papel, pluma; reflexiona, mas de una vez comienza una frase que no llega á concluir, y rasga el papel; una palabra le parece demasiado dura, otra muy indulgente, hasta que al fin consigue á costa de mucho trabajo trazar algunas líneas que llenan sus deseos.—«Yo creo, decí: que vuestras intenciones son las que debe abrigar todo hombre de honor, y que no tratareis de ofenderme con una conducta inconsiderada; pero debéis tambien conocer que nuestras relaciones no deben comenzar de esta manera; os devuelvo vuestro billete, y espero que no dareis lugar á que me arrepienta de mi imprudencia.»

Luego que á la mañana siguiente vió á Hermont dejó la labor, abrió la persiana, y arrojó la carta á la calle, no dudando que se apresuraria á cogerla; y a

fué con efecto, apoderado de ella, entró en la tienda mas inmediata para leerla, y volvió á su casa muy gozoso del buen principio de su amorosa intriga, por- que nada contenía el papel que pudiese desalen- tarlo.

Poco tiempo despues se presentó cierto día en casa de la condesa una muchacha de ojos vivos y travesos, solicitando hablar con la doncella de parte de la dueña de un almacen de modas. Recibióla Lisabeta sin cierta inquietud y sobresalto, sospechando que fuese alguna cuenta atrasada; mas grande fué su sorpresa cuando luego que abrió el papel, conoció la letra del ingeniero.

—Venís equivocada, señora; esta carta no es para mí.

—Perdonad, señorita, contestó la modista con maligna sonrisa; os ruego tengais la bondad de pasar la vista por ella.

Condescendió á esta súplica, Hermann solicitaba una entrevista,

—Imposible! exclamó indignada, así del atrevimiento de la demanda, como del modo con que se la pedía; ya os dije que esta carta no era para mí; y diciéndolo esto la hizo mil pedazos.

—Si no era para vos, señorita, repuso con la mayor calma la mensajera ¿por qué la habeis rasgado? podías habérmela devuelto, para entregarla á la persona á quien iba dirigida.

—¡Dios mío! es cierto, dijo Lisabeta aturdida, disimulad mi arrebató; pero os pido que jamás volvais á traerme cartas; decid al que os envía que debía avergonzarse de su conducta.

No era Hermann de los que abandonan fácilmente una empresa: no se abatió por este revés su ánimo; al contrario, no pasaba día sin que dejase de llegar á manos de Lisabeta por un conducto ú otro un nuevo billete; pero no traducidos del alemán: estaban dictados por una violenta pasión, eran los sentimientos que abrigaba en su corazón el enamorado oficial. La inesperta doncella no pudo resistir á tan reiteradas muestras de cariño; recibió, pues, sin oposición las cartas de su amante; y no tardó en contestar á ellas: cada día eran mas largas y tiernas... en fin, cierto día le arrojó por la ventana el siguiente billete:

«Esta noche irá la condesa al baile que da el embajador... y estaremos hasta las dos. Hé aquí el medio para que podamos vernos sin testigos. Luego que haya marchado la señora, que será á eso de las once, toid la servidumbre se vá donde le acomoda, y solo queda el suizo en el vestibulo, recostado en su poltrona, y casi siempre dormido. Así que oigais esta hora, entrad quedito, subid precipitadamente la escalera, y si por desgracia encontráseis á alguno en la antesala, preguntareis por la señora condesa; os contestará que ha salido, y en tal caso no hay mas remedio que tener paciencia y marcharos; pero lo mas seguro será que no tengais ningun tropiezo, porque hasta las doncellas se retiran á un departamento muy apartado. Cuando hayais llegado á la antesala, tirad á la izquierda y seguid derecho hasta que lleguéis al dormitorio de la señora; allí vereis dos puertas detrás de un gran biombo; la primera da entrada al retrete, la de la izquierda comunica á un corredor; y al fin de él encontrareis una escalerilla de caracol, por ella se sube á mi cuarto.»

Hermann estaba impaciente esperando la hora de la cita como el tigre que está en acecho aguardando el momento de caer sobre su presa. Desde antes de las diez estaba de planton frente á la puerta de la condesa: la noche era espantosa, soplabá el viento con la mayor violencia y caían gruesos copos de nieve. Los faroles despedían una claridad incierta y vacilante; las calles estaban desiertas, y solo interrumpía su silencio el ruido de algun lejano fiacre arrastrado por algun cansado rocin. Pero nuestro enamorado envuelto en una simple capota no sentía ni el viento ni la inclemencia de la noche.

Llega por fin el coche de la condesa: dos lacayos apuran á subir aquel desmoronado edificio envuelto en una doble peltilla, y le acomodan entre los mullidos almohadones: aparece en seguida su doncella; un simpático pañolito de Manila cubre su naciente seno, una masa natural adorna las largas trenzas de su terso cabello y esbelta como una sílfide sube ligera en el carruaje sin apoyar su lindo pié en el estribo.

Clérrase este y rueda pausadamente sobre la blanca nieve. Inmediatamente cerró el suizo la puerta de entrada: las luces de las ventanas del piso principal, iban desapareciendo sucesivamente, quedando todo en la mas completa oscuridad. Hermann se paseaba de arriba abajo, se aproximaba á un farol y miraba su reloj. Las once menos veinte minutos. Apoyado junto á la luz, sigue con la vista todos los movimientos de la doncella y calcula con impaciencia los que faltan. Todavía sonaban las últimas campanadas de las once, cuando ya subía los escalones, empujaba la puerta, y entraba en el vestibulo, iluminado todavía. ¡Oh! felicidad: el suizo había desaparecido. Subió, pues, la escalera con paso firme y ligero: frente á una lámpara que ardía en la antesala, estaba durmiendo un antiguo criado tendido en un canapé; pasó sin hacer ruido por delante de él, á través del comedor y el salon, guiado únicamente por la luz de la antesala, porque todo estaba á oscuras, y llegó por fin al dormitorio. Una lámpara de oro iluminaba con escaso resplandor un altarito lleno de antiguas imágenes: al rededor de las paredes, vestidas con ricas telas de seda de la China, es-

taban simétricamente colocados algunos sillones dorados, divanes tapizados con paño color de amaranto, y voluptuosos almohadones de terciopelo carmesí. Llamaron su atención dos grandes retratos pintados por Mlle. Lebrun: el primero representaba un personaje de unos cuarenta años, grueso, encarnado, con vestido color verde mar, y una gran placa en el pecho; el otro era de un jóven elegante: nariz aguileña, el pelo cortado hácia las sienas, con muchos polvos y un lunar junto á la oreja izquierda. No había rincónera que no estuviese atestada con figurillas de porcelana de Sajonia, vasos de todas clases y formas, relojes de sobremesa de Leroy, cestitas, canastillos, abanicos y otras mil invenciones, tan del aprecio de algunas damas y en su concepto mas útiles que el descubrimiento de los globos acreostáticos de los Mongolfier, y del magnetismo de Mesmer.

Pasó Hermann sin detenerse por detrás del biombo que ocultaba un catre de acero: observó las dos puertas indicadas por Lisabeta: abrió la de la izquierda: vió el corredor y escalerilla escusada que guiaba á su cuarto; la cerró en seguida y fué á esconderse tras de la otra que era la del retrete.

Pasaba el tiempo á su parecer con la mayor lentitud: reinaba en toda la casa el mayor silencio y tranquilidad, que solo interrumpía la péndola del salon al dar las doce; mas luego todo volvía á quedar sepultado en el mismo silencio. El ingeniero, en pié, apoyado contra una estufa apagada estaba sereno y tranquilo; su corazón no latía con mas violencia de la acostumbrada; estaba decidido á arrostrar todos los peligros que le amenazaban: suena la una... despues las dos y no tarda en llegar á su oído el lejano y sordo ruido de un carruaje; aproximase este rápidamente y se pára: toda la casa se pone entonces en movimiento: todo se vuelve voces, ruido de criados que bajan precipitadamente la escalera: las puertas se abren de par en par: se iluminan como por encanto las habitaciones, y tres camaristas entran á un mismo tiempo en el dormitorio de la condesa: llega de allí á poco esta momia ambulante y se deja caer sobre un mullido sitial.

Oculto Hermann tras de la puerta y alentando apenas, atisbaba cuanto pasaba por una pequeña rendija: vió pasar cerca de sí á Lisabeta y aun percibió el ruido de sus ligeros piés al subir por la escalerilla.

Aquella vez sintió en su pecho una especie de remordimiento; pero pasó como un relámpago, y su corazón volvió á ser como siempre, insensible y duro como el mármol.

Las doncellas habían comenzado á desnudar á la condesa delante de un gran espejo: una la quita su enorme cofia, guarnecida con cintas y flores: otra separa la rizada peluca, llena de polvos y pomadas, quedando descubierta su calva cabeza; cae en torno suyo una lluvia de alfileres, y la preciosa bata, recamada en plata y pedrería, se desliza y cae sobre sus hinchados tobillos. Poco atractivo proporcionaba esta nocturna toilette y Hermann la presenciaba bien contra su voluntad, hasta que por último la cubrieron con un peinador y papalina. En este deshábille, mas conveniente á su edad, estaba un poco menos horrible.

La condesa, como todas las personas de edad avanzada estaba sujeta á largos insomnios: hizo, pues, que las doncellas la llevasen en su sillón junto al alfeizar de una ventana y en seguida las mandó retirar. Todas las luces estaban apagadas y únicamente iluminaba la estancia la lámpara de oro que ardía ante las sagradas imágenes.

Pálida como la muerte, surcado su cuerpo de arrugas, caídos los labios, se balanceaba en su asiento; sus empañados y hundidos ojos revelaban que ni aun tenía la facultad de pensar, y al verla mecerse de aquella manera se hubiera creído que mas que por acto de voluntad era á impulso de algun secreto resorte.

Mas de repente este cadavérico semblante adquiere animacion, cesan los labios de temblar, brillan sus ojos, colóranse sus mejillas... acababa de presentarse delante de ella un desconocido... Hermann.

—No os asustéis, señora, dijo este en voz muy baja; pero pronunciando las palabras con mucha claridad, por amor de Dios, señora, no tengais miedo, no pretendo causaros el mas pequeño daño: vengo únicamente á implorar de vos una gracia.

La anciana, atónita, con la boca abierta, lo miraba atentamente, como si no comprendiese lo que le decía. Sospechó Hermann si acaso seria sorda, y así arriñándose á su oído le repitió su demanda: mas la condesa continuó guardando silencio.

—En vos consiste, señora, la felicidad y ventura de mi vida, sin que os cueste el menor trabajo: solo con que vuestros labios pronuncien tres cartas que...

Hermann no continuó: la anciana comprendió sin duda lo que se le exigía, ó tal vez estaba pensando alguna excusa; porque al fin dijo:

—Era una broma, os lo juro, caballero, fué únicamente una chanza...

—No tal, señora, contestó aquel con acento colérico, acordaos de Thapitcki á quien hicisteis ganar....

Pareció turbarse la condesa: por un momento adquirieron sus facciones una viva espresion; pero muy pronto volvieron á su estado de insensible apatía.

—Podéis, si os place, proseguir Hermann, decirme los tres naipes que han de ganar. La anciana no contestaba.

—¿A qué esa obstinacion? ¿por qué sepultar en vuestro pecho ese secreto? ¿para vuestros nietos? ¡ah!

no lo necesitan: son demasiado ricos: no conocen el valor del dinero; ¿de qué les serviría saber el nombre de esas tres cartas? ademas, son unos libertinos sin conducta, que no saben conservar sus riquezas, y morirán en la indigencia, aun cuando tuviesen á su disposición toda la ciencia del demonio. Yo, al contrario, soy un necesitado y un hombre de conducta; conozco lo que vale el oro; vuestro secreto no será perdido para mí: decidmelo, pues, señora.

El ingeniero esperaba una respuesta: la condesa guardaba silencio: entonces aquel se puso de rodillas.

—Si habeis amado alguna vez y vuestro pecho os recuerda los dulces encantos del amor: si habeis sonreído al llegar á vuestro maternal oído el primer lloro del recién nacido; si ha latido vuestro corazón al esperar los gratos sentimientos de la amistad, os suplico por el amor de un esposo, de un amante, de una madre; por todo lo que hay mas sagrado en la tierra, que no desoigais mi súplica: reveladme vuestro secreto, señora. ¿Estará por ventura ligado con algun pecado horrendo? ¿con la pérdida de vuestra salvacion? ¿Acaso habeis hecho algun pacto diabólico que os lo impide? Ea, reflexionadlo bien; vuestra edad es muy avanzada, y no podeis vivir mucho tiempo: yo me obligo y estoy pronto á cargar sobre mi conciencia con todos vuestros pecados, y responder de ellos con mi alma ante el tribunal de Dios. ¡Decidme las tres cartas! Pensad que de vuestros labios está pendiente la felicidad del hombre que está á vuestros piés, y que no solo él, sino tambien sus hijos, y nietos, no cesarán de bendecir vuestra memoria, y os venerarán como á una santa.

¡Ninguna respuesta, el mismo silencio!
—Vieja maldita, exclamó Hermann poniéndose en pié rechinando los dientes, yo te haré hablar, y sacó una pistola que llevaba oculta.

A su vista se estremeció la condesa, sus miembros se agitaron convulsivamente, alargó las manos para desviar el arma mortífera, pero cae repentinamente contra el respaldo de su asiento, y queda inmóvil.

—Vamos, dejaos de niñerías continuó aquel cogiéndola la mano, os lo amonesto por la última vez, ¿me decís los tres naipes? ¡sí ó no!

La condesa no contestó: había espirado.

IV.

Luego que Lisabeta Ivanovna dejó á la condesa con sus doncellas, sin permitir la acompañase la suya para que la desnudase, subió precipitadamente á su cuarto temblando de encontrar en él á Hermann, y deseando que no hubiese acudido á la cita. Una rápida mirada que echó al entrar le hizo ver que no estaba allí y bendijo al acaso que le había impedido venir.

Abismada en sus ideas y sin pensar en cambiar de trage se sentó con el que llevaba puesto y principió á reparar en su memoria todas las circunstancias que habían mediado para entrar en relaciones con aquel desconocido, y se espantaba de que un conocimiento tan insignificante la hubiese compelido á llevar tan adelante su compromiso. Tres semanas apenas hacia que por la vez primera lo había visto desde su ventana, y ya había mediado una correspondencia por escrito muy animada, terminando con conceder al ingeniero una entrevista á solas y á media noche: sabia como se llamaba, y á esto se reducía todo: había recibido muchos billetes suyos pero jamás se habían hablado, y ni aun conocía el metal de su voz. Hasta aquella misma noche no había oído hablar de él y esto fué por una casualidad. Tomski osequiaba hacia tiempo á la bella princesa Paulina*** y habiendo reparado que contra su costumbre coqueteaba con otro jóven que no era él trató de herirla por los mismos filos aparentando la mayor frialdad é indiferencia. Para llevar á cabo tan bella idea convidó á Lisabeta para bailar una interminable mazurka. Durante ella principió á embromarla sobre la preferencia que daba á los oficiales ingenieros, y con reticencias fingiendo saber mucho mas de lo que sabia llegó á términos que la jóven creyó descubierto su secreto.

—¿Pero le conoceis? preguntó sonriéndose, ¿quien os ha contado todo esto?

—Un amigo del oficial que sabeis ¡oh! es un ente muy original.

—¿Y ese ente tan original quién es?
—Se llama Hermann.

La jóven no pudo pronunciar una sola palabra, un frio glacial discurría por todos sus miembros.

—Hermann es un héroe de novela, prosiguió diciendo Tomski, el perfil de su cara es el de Napoleon pero su alma es peor que la de Mephistophéles, yo creo que pesan sobre su conciencia tres crímenes cuando menos... ¿pero qué teneis? ¡estais pálida!

—No es nada... ¡jaqueta... pero que es lo que os dijo ese Mr. Hermann, ¿no lo habeis nombrado así?

—¡Oh! Hermann está muy incomodado con su amigo el ingeniero que vos conoceis, dice que él en su lugar obraría de distinta manera... yo apostaría á que ese Hermann tiene algun proyecto acerca de vos... al menos escuchaba con tan vivo interés todo cuanto le contaba su amigo confidencialmente.

—¿Pero dónde ha podido verme él?

—¡Quién sabe! en la iglesia... tal vez en el pascio... sabe Dios dónde: acaso en vuestro aposento mientras estabais durmiendo... el es capaz de todo.

En este momento tres señoras aproximándose, se- gun se estilá en la mazurka, para dar á escoger entre

el olvido ó el pesar (1) interrumpieron esta conversacion que excitaba tan dolorosamente la curiosidad de la jóven.

La dama que habia escogido Tomski aprovechándose de la libertad y franqueza que autoriza aquel baile, era precisamente la princesa Paulina: durante las diferentes vueltas y revueltas que tenian que hacer para ejecutar las figuras y pasos hubo una larga explicacion, y despues de hechas las paces ya no volvió á acordarse Tomski ni de Hermann ni de Lisabeta.

En vano se afanó esta buscando ocasion para volver á continuar la interrumpida conversacion, porque luego que concluyó la mazurka se levantó la condesa y un momento despues salió del salon.

Aunque las palabras al parecer misteriosas de Tomski no eran mas que insulces y necedades que se acostumbran decir mientras se baila, se habian grabado sin embargo profundamente en el corazon de la inexperta dama de compañía: el retrato bosquejado por Tomski, le parecia de una semejanza sorprendente, y gracias á su romántica erudicion veia en el semblante harto comun de su adorador, rasgos capaces de fascinarla y atemorizarla á la vez.

Sentada en el mayor abandono, las manos sin guantes, el cuello desnudo, y su cabeza adornada todavía con flores caídas sobre el pecho, estaba sumergida en estos tristes pensamientos, cuando de repente la puerta se abre y entra Hermann.

—¿Dónde estáis! preguntó ella sobresaltada y temblando.

—En el dormitorio de la condesa, contestó aquel con la mayor frialdad, acabó de dejarla en este mismo momento: ¡ha muerto!

—¡Dios mio, que decís!

—Y temo, continuó él, haber sido yo la causa de su muerte.

Lisabeta lo miraba llena de horror, de repente resonaron en su imaginacion las palabras de Tomski: «pesan sobre su conciencia tres crímenes lo menos.»

Hermann se sentó tranquilamente junto á la ventana, y contó todo lo sucedido: la jóven lo oyó con la mayor amargura. ¡Ah! decia para sí, luego el amor no ha inspirado aquellas cartas tan apasionadas, aquellas espressiones tan ardientes, ni ha tenido la menor parte en la perseverancia tan obstinada.... ¡el oro! he aqui lo único que inflamaba su alma: ¿podria hacerlo feliz yo, miserable, que solo tenia un corazon puro é inocente que ofrecerle? ¡desventurada! he sido involuntariamente el instrumento de un ladron.... ¡del asesino de mi bienhechora!

Hermann la miraba silencioso, pero ni las lágrimas del infortunio ni la beldad de la doncella, mas interesante aun con el llanto, eran capaces de conmover aquel empedernido corazon: pensaba en la muerte de la condesa sin sentir ningún remordimiento: una sola idea desgarraba su pecho, la pérdida irreparable del secreto en que cifraba toda su fortuna.

—¡Ah! ¡sois un monstruo execrable! exclamó Lisabeta despues de un largo silencio.

—Yo no queria matarla, contestó él con frialdad, la pistola no estaba cargada.

Pasó mucho tiempo sin hablar y aun sin mirarse: iba amaneciendo: la jóven apagó la vela que ardia en una palmaria, y la luz incierta del alba iluminó la estancia: enjugó sus ojos bañados en lágrimas y los levantó hácia Hermann que permanecia aun sentado en el mismo sitio, cruzados los brazos y frunciendo el sobrecejo: esta actitud recordó involuntariamente á la jóven la persona de Napoleon, y tal semejanza la anonadó.

—¿Cómo haré para sacaros de aqui! dijo despues de haberselo recobrado un poco: habia pensado hacer que salieseis por una escalerilla secreta, pero despues he reflexionado que era preciso pasar por el dormitorio de la condesa y tengo miedo....

—Decidme únicamente como encontraré esa escalera, iré muy bien yo solo sin necesidad de que me acompañeis.

Lisabeta se levanta, abre un cajoncito de su tocador, saca una llave, y se la da á Hermann, dándole al mismo tiempo todas las señas necesarias. Bien enterado aquel, estrecha la mano de la jóven, imprime un beso en su yerta frente y sale del aposento.

Bijó por la escalera de caracol, atravesó el corredor y entró en el dormitorio de la condesa; estaba esta lo mismo que la habia dejado, sentada en el sitial, pero tiesa ya y yerta, pero sus facciones no habian padecido la menor alteracion: paróse delante de ella y estuvo contemplándola algunos momentos, como para asegurarse de la horrible realidad: convencido de que ya no existia entró en el retrete y tentando por la tapiceria descubrió una pequeña puerta que daba salida á la escalerilla: mientras la bajaba se le ocurrieron las mas extravagantes ideas, «tal vez, decia entre sí, á esta misma hora hace sesenta años, hubiera podido sorprenderse algun apuesto mancebo con vestido bordado, peinado y empolvado, con el galoneado sombrero debajo del brazo, coimado de favores, y que hace ya largos años que pudre la tierra, cuando hace pocas horas que ha cesado de latir el corazon de su amada.» A lo último de la escalera encontró otra puerta, la abrió con la llave que le habia dado Lisabeta, atravesó un estrecho pasadizo, y se encontró luego en la calle.

(1) Cada palabra de estas designa una señora; el caballero pronuncia una, la primera que le ocurre, y la señora que marca es la pareja con quien ha de bailar el paso, y hacer la figura que corresponde.

V.

Tres dias despues de aquella noche fatal, á las nueve de la mañana entraba Hermann en el convento de*** donde iban á tributarse los últimos deberes á los despojos mortales de la difunta condesa. No le acosaban los remordimientos, mas no obstante no podia ocultarse á sí propio que era el asesino de la pobre anciana: era hombre sin fé, pero supersticioso en extremo como todos los incrédulos. Temiendo que la difunta ejerciese alguna maligna influencia en su porvenir habia imaginado apaciguar sus manos asistiendo devotamente á sus exequias.

Estaba la iglesia tan llena de gentes, que le costó mucho trabajo encontrar sitio donde acomodarse: el cadáver se habia colocado sobre un suberbio catafalco, bajo un dosel de negro terciopelo con franjas de oro: la difunta vestida de raso blanco, y cubierta la cabeza con una toca de encajes tenia plegadas las manos sobre el pecho. Al rededor del túmulo estaba reunida toda la familia: los criados vestian túnicas negras y les caía á la espalda un gran lazo de franja con las armas y blasones de la casa: cada uno tenia en la mano un blanco cirio: toda la parentela estaba de riguroso luto, hijos, nietos, biznietos, pero ninguno lloraba, las lágrimas se hubieran considerado como fingidas, porque la condesa habia llegado ya á tan avanzada edad que á nadie podia sorprender su muerte, y todos se habian acostumbrado hacia mucho tiempo á considerarla como fuera de este mundo. Un célebre orador pronunció la oracion fúnebre, pintó con la mayor energia y elocuencia la muerte del justo que ha pasado los últimos años de su vida preparándose para morir cristianamente: «el ángel de la muerte, prosiguió diciendo el orador, nos la ha arrebatado cuando mas engolfada estaba en sus piadosas contemplaciones, y esperando la venida del esposo de las vírgenes.»

Los oficios se celebraron con la mayor pompa y religioso recogimiento: terminados estos los parientes mas inmediatos se adelantaron á dar el postrer adios á la difunta; á estos siguió una interminable procesion de convidados que de dos en dos iban pasando á inclinarse la cabeza á la que hacia tanto tiempo que solo habia servido de estorbo para los jóvenes. La última á quien tocó el turno fué á la servidumbre de la casa: vióse una anciana ama de llaves tan vieja como la difunta sostenida por dos mugeres que ansiaba cumplir con tan doloroso deber: no tuvo fuerzas para arrodillarse, pero sus ojos derramaron amargas lágrimas cuando besó por última vez la helada mano de su señora.

Hermann se aproximó á la tumba, dobló una rodilla en el pavimento sembrado de ramas de pino, pónese en pié, y con paso vacilante y mas pálido que la muerte se acerca al féretro, se inclina ¡oh! espanto! la difunta al parecerlo mira irónicamente, y le guiña el ojo: dá un salto atrás, y cae de espaldas sobre las gradas: todos se apresuran á socorrerlo, al mismo tiempo que en la puerta de la iglesia caía desmayada Lisabeta Ivanovna. Este incidente introdujo por algunos momentos el desorden entre la concurrencia; todos se hablaban al oido haciendo mil conjeturas, y un chambelán, figurilla malcarado, pariente muy inmediato de la difunta, dándose mucha importancia dijo que edito á un inglés que estaba á su lado: ese jóven ingeniero es hijo de la condesa, de la mano izquierda, se entiende: á lo que contestó aquel con mucho énfasis: ¡Oh!!!

Hermann pasó todo aquel dia hecho presa de una inquietud y desazon difícil de expresar: contra su costumbre bebió con exceso en la solitaria hosteria donde solia comer, esperando por este medio atronarse para no sentir, pero el vino no hizo mas que exaltar su imaginacion, y dar nuevo vigor á las ideas que le atormentaban. Se retiró muy temprano á casa, se echó vestido como estaba en la cama, y quedó luego sumergido en un pesado sueño.

Era ya de noche cuando despertó: los plateados rayos de la luna iluminaban todo el aposento: miró el reloj, eran las tres, no tenia sueño, y se habia sentado en el lecho pensando en la vieja condesa cuando notó que alguno que pasaba por la calle se acercó á la ventana, miró con atencion lo que habia dentro, y pasó de largo. No pasó un minuto cuando se sintió abrir la puerta de la antesala. Creyó Hermann seria su *dentschik* (asistente) que volvia ébrio como siempre de alguna correria nocturna, mas luego salió de su error porque percibió unos pasos que le eran desconocidos, porque el que los daba iba arrastrando suavemente por el suelo las chinelas. Abre en seguida la puerta, y entra en el aposento un espectro vestido de blanco. Por de pronto pensó Hermann que seria su anciana patrona, mas no podia comprender qué motivo podia obligarla á venir á una hora tan intempestiva, cuando la desconocida adelantándose precipitadamente se puso en un momento junto á los pies de la cama: mira Hermann y reconoce á.... la condesa!

—Vengo á visitarte contra mi voluntad, dijo con acento solemne y sepulcral, un poder superior me obliga á satisfacer tu deseo: el tres, el siete y el as te harán ganar por el orden que te los nombro; pero uno solo cada veinte y cuatro horas, y cuenta, que despues no has de volver á jugar en toda tu vida: te perdono mi muerte á condicion de que te cases con mi dama de compañía.»

Dicho esto se dirigió á la puerta arrastrando sus chinelas: oyó Hermann que cerraba la puerta de la

antesala, y poco despues la vió pasar por delante de la ventana. Mucho rato estuvo sin saber lo que le pasaba, hasta que habiéndose repuesto algun tanto de su sorpresa salió á la antesala: su *dentschik* tendido en el suelo dormia profundamente, y le costó mucho trabajo despertarlo: nada habia visto ni oido, la puerta estaba cerrada con llave: no pudiendo averiguar cosa alguna se volvió á su aposento, encendió luz y escribió todos los pormenores de esta extraordinaria aparicion.

VI.

En lo moral dos ideas no pueden permanecer fijas á un mismo tiempo en el ánimo, asi como en lo fisico dos cuerpos no pueden ocupar á la vez un mismo espacio: tres-siete-as berraron muy pronto de la imaginacion de Hermann la memoria de la condesa y su última visita, Tres-siete-as los tenia impresos en su cerebro y cada momento los repetian sus labios: ¿cómo contraba en la calle alguna hermosa jóven? ¡qué tal! tan precioso, decia para sí, parece un tres de copas! ¿le preguntaban qué hora era? siete de oros menos cuarto, contestaba. Todo hombre de elevada estatura y grueso lo comparaba á un as. Tres-siete-as le perseguian en sueños, y se le presentaban bajo mil caprichosas formas: veia los treses desarrollarse y abrir sus cálices como la *magnolia grandiflora*, á los sietees formando balaustradas y portadas góticas, y los ases suspendidos en el aire como arañas monstruosas. Todas sus ideas se reconcentraban en un solo punto: ¿de qué medio se valdria para sacar toda la utilidad posible de un secreto comprado á tanta costa? ¿Pediria licencia para viajar? En Paris encontraria tal vez alguna casa de juego donde hacer su fortuna en solo tres golpes....

Pero el acaso lo sacó bien pronto de embarazos: habia en Moskou una sociedad de jugadores bajo la presidencia y direccion del célebre Tchekalinski que habia pasado toda su vida jugando; era millonario: su casa magnífica, su excelente cocina y sus modales francos y obsequiosos le habian granjeado la estimacion general y amigos numerosos. Este personaje se presentó en Petersburgo é inmediatamente la brillante juventud corrió en tropel á sus salones, olvidando los bailes por el juego, y prefiriendo las agitaciones del tapiz verde á los hechizos y encantos de la coquetaría. Naroumof presentó á Hermann en casa de Tchekalinski.

Atravesaron una larga fila de lujosas salas perfectamente iluminadas y llenas de criados afables y obsequiosos, no habia estancia que no estuviese ocupada: los generales y consejeros privados jugaban al whist, los jóvenes recostados sobre mullidos divanes tomaban sorbetes ó fumaban sus pipas: en el salon principal se hacia notar una larga mesa rodeada por una veintena de jugadores, y el dueño de la casa que llevaba la banca del pharaon. Era este de unos sesenta años de edad, de noble y bondadosa fisonomia, los cabellos blancos como la nieve; su rostro lleno y sonrosado revelaba el buen humor y franqueza, y á sus labios se asomaba siempre una dulce sonrisa. Luego que vió á Hermann le alargó la mano dándole la bienvenida, previniéndole que en su casa no se gastaban cumplimientos, y sin mas ceremonia volvió á sentarse y continuó tallando. Duró mucho rato la talla: habia mas de treinta cartas sobre el tapete: á cada golpe hacia alto el banquero para dar lugar á los jugadores que hiciesen sus parolis, pagaba á los que habian ganado, oia con agrado las reclamaciones, y con la mayor finura deshacia el doblez que alguna mano poco delicada habia hecho por distraccion en la esquina de algun naipe.

Concluida la talla Tchekalinski principió á harajearse y se preparaba para otra.

—Me permitis elija un naipe, dijo Hermann alargando la mano por encima del hombro de un sugeto muy obeso que obstruia casi todo el costado de la mesa.

El banquero con su acostumbrada sonrisa bajó la cabeza en señal de aprobacion. Naroumof riéndose felicitó á Hermann por haber quebrantado su voto descándole al mismo tiempo una suerte feliz al principiar su nueva carrera.

—Ya está, dijo Hermann despues de haber escrito unos números en el reverso del naipe.

—¿Cuánto? preguntó Tchekalinski poniéndose la mano sobre los ojos, perdonad, no veo bien....

—Cuarenta y siete mil rublos, contestó Hermann. Al oír esta cantidad todos los jugadores levantaron la cabeza: todas las miradas se dirigieron al recién llegado. ¡Pobre jóven, pensó Naroumof, ha perdido el juicio!

—Permitidme, caballero, os advierta, dijo el banquero sonriéndose, que vuestra puesta es un poco fuerte; aqui nunca se acostumbra aventurar arriba de doscientos setenta y cinco rublos á la suerte sencilla.

—Convengo en ello, replicó el ingeniero, mas decidme ¿aceptais mi jugada? si ó no.

Tchekalinski hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Solamente desearia haceros observar, añadió seguidamente, que aunque estoy intimamente convencido de la buena fé y correspondencia de mis amigos, me acostumbro tallar si no se pone delante el dinero; estoy perfectamente seguro de que vuestra palabra vale mas que el oro, mas sin embargo por la misma regularidad y seguridad del juego, y facilitar los cálculos

— quedaré muy obligado si teneis á bien poner el dinero delante de vuestro naipe.

— Sin contestar Hermann, sacó de su cartera un billete y lo alargó al banquero; pasó este rápidamente la vista por él y lo puso sobre el naipe escogido por aquel.

— Principió la talle, cayó un cinco á la derecha, en la izquierda un tres.

— ¡He ganado, dijo Hermann enseñando su naipe.

— Hubo un murmullo general; el banquero arrugó momentáneamente el entrecejo, pero luego apareció la sonrisa en sus labios.

— ¿Me de pagar?

— Si lo teneis á bien.

— Tehekalski tomó una porcion de billetes, los contó y entregó á Hermann, los metió este en su cartera, bebió un vaso de limon y se marchó.

— Todos los jugadores se apresuraron á ceder el mejor sitio á Hermann cuando se presentó á la noche siguiente en el salon: llevaba la banca el mismo Tehekalski que lo saludó con risueño semblante; tomó este un naipe y puso sobre él sus cuarenta y siete mil rublos y además los que habia ganado la víspera Prin-

— Vuestra sota ha perdido, replicó el banquero con almibarado acento.

Hermann quedó petrificado, como herido de un rayo; no podia dar crédito á sus ojos; en vez de un as tenia delante una sota de espadas, no podia comprender como habia podido equivocarse tan miserablemente: fija la vista en la funesta carta le parecia que la malhadada sota le guiñaba el ojo, le fruncia los labios y se le reia sarcásticamente, pero ¡ah! ¡cuán grande fué su espanto y terror cuando notó la grande semejanza que habia entre la sota y la difunta condesa!

— ¡Maldita vieja! exclamó con amargura.

— Tehekalski amontonó con el retabullo toda la ganancia: Hermann permaneció mucho espacio en pie, inmóvil, desolado, en fin cuando salió del salon se habló algunos momentos de la interesante jugada. ¡Famoso punto! decian los jugadores, el banquero cogió los naipes, barajó, y continuó el juego.

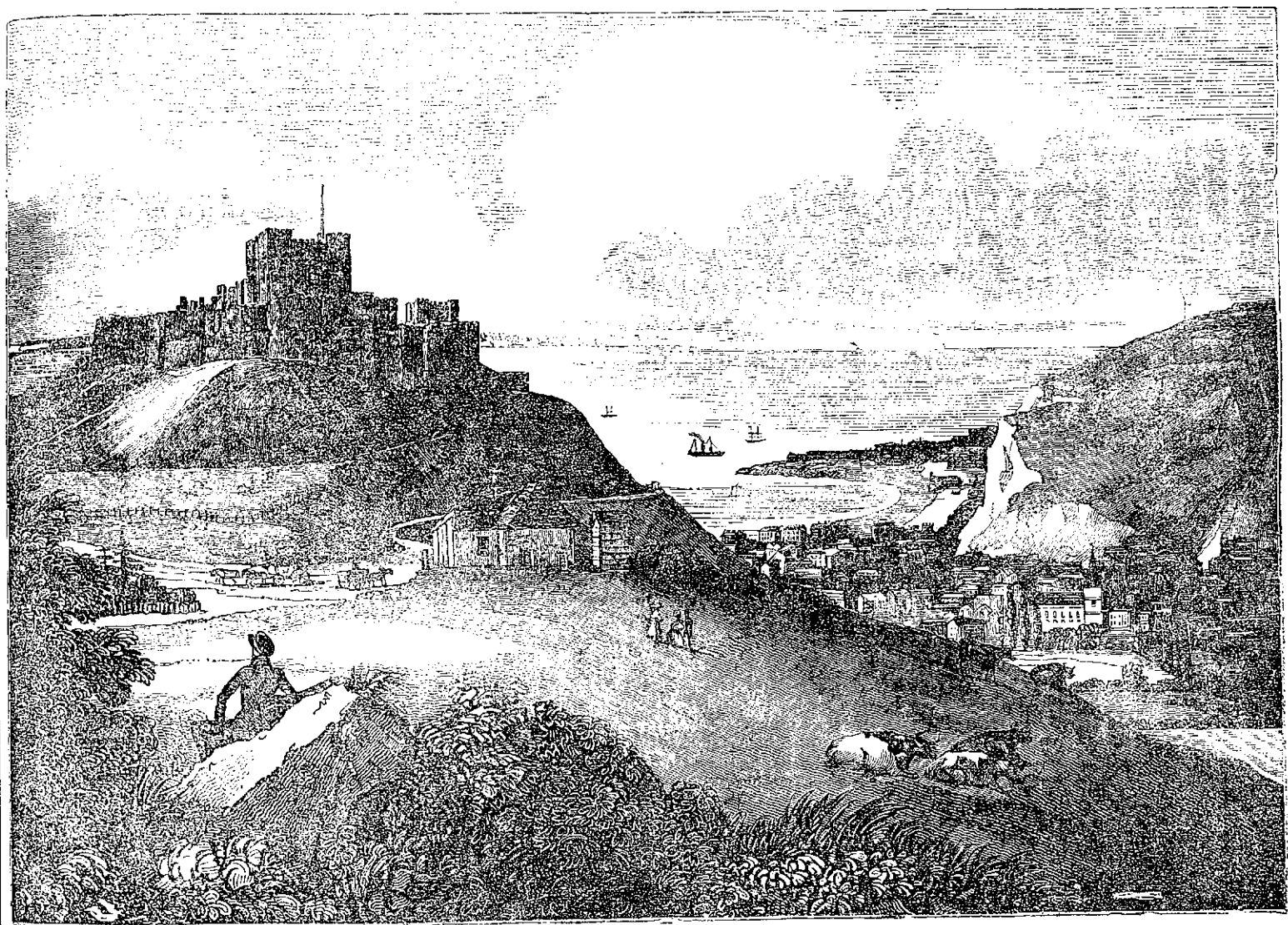
Conclusion.

Hermann se ha vuelto loco: está en el hospital de Oboukhor en el número 17, no responde á nada de

po por su carácter belicoso; y cuando Julio César invadió la Gran Bretaña encontró en aquellas montañas un poderoso ejército que se opuso con todos sus esfuerzos á su empresa; Douvres no estuvo menos sumisa al yugo de los romanos, y se supone que el castillo, cuyos restos subsisten todavía, fué edificado por Julio César. La ciudad adquirió desde entonces una grande importancia á causa de su situacion sobre la costa, y de su proximidad á la Galia; y hoy es todavía el punto principal de comunicacion entre la Inglaterra y el continente.

Desde el tiempo de los sajones ha gozado Douvres, de muchos privilegios importantes: todos aquellos que habitaban esta ciudad desde cierto número de años y que pagaban los impuestos del rey, estaban exentos de todo derecho de peage en el resto de Inglaterra.

Desde la cima de las montañas que rodean la ciudad, se percibe el mar y las costas de Francia. Douvres está bien edificada, y se ven allí construcciones modernas muy elegantes. La atraviesa un camino real que tiene mas de una milla de longitud, las demas calles están empedradas con esmero y alumbradas con



Vista de Douvres.

— Principió la talle: un caballo á la derecha, un siete á la izquierda. Hermann descubre un siete. Hubo un grito general: el banquero estaba visiblemente inmutado, no obstante contó los noventa y cuatro mil rublos: tomó los Hermann con la mayor indiferencia, dejó el asiento y se marchó en seguida.

— Todo el mundo esperaba con la mayor impaciencia la hora en que acostumbraba venir el intrépido jugador: preséntase por fin éste, los generales y consejeros privados suspenden su partida de whist: los jóvenes oficiales abandonan sus divanes, las salas quedan desiertas, todos se agrupan, todos rodean á Hermann. Luego que tomó asiento, los jugadores dejaron de apuntar deseando únicamente verlo luchar mano á mano con el banquero, que pálido aunque siempre complaciente, observaba á su adversario. Cada uno tomó á un mismo tiempo una baraja: Tehekalski barajó y alzó Hermann: en seguida escogió un naipe y lo cubrió con un grueso legajo de billetes de banco: hubiérase dicho que eran los preparativos de un duelo á muerte. En todo el salon reinaba el mas profundo silencio.

— Principia la talle: las manos del banquero temblaban: cae una sota á la derecha, á la izquierda un as.

— Ha ganado el as, gritó Hermann descubriendo su naipe.

cuanto le preguntan, pero se le oye repetir sin cesar tres-siete-as-tres-siete-sota.

— Lisabeta Ivanovna acaba de desposarse con un joven muy amable hijo del mayordomo de la difunta condesa, tiene un buen destino y es muy digno de aprecio: se ha llevado una niña pobre, parienta suya para mantenerla y darla educacion.

— Tomski ha ascendido á jefe de escuadron y se ha casado con la princesa Paulina

DOUVRES.

Douvres es uno de los principales puertos de mar de Inglaterra; los antiguos bretones llamaban á esta ciudad Dour, los romanos Dubris ó Dovoherario y los sajones Dovere. Douvres está situado en un valle rodeado de un semicírculo de montañas. Su estensa bahía, sus hermosas colinas y sus manantiales de agua contribuyeron sin duda á que los bretones escogiesen este parage para formar allí un establecimiento. Los habitantes de estas costas eran célebres en otro tiem-

gas. El gran número de viajeros que van á tomar los baños á Douvres durante el verano ha hecho célebre á esta ciudad. Sus cercanías son deliciosas, y se ven allí por todas partes puntos de vista de una admirable belleza.

— Edificada en la cima de una roca elevada á quinientos pies de altura y que lleva el nombre de Sakspeare, la ciudadela que domina á Douvres está rodeada de cañones y de fuertes baterías completamente á la defensa de la costa. Una parte de sus fortificaciones es de origen normando; pero los trabajos recientes revelan los temores que inspiraron al gobierno inglés los preparativos que Napoleon hizo en Boloña para verificar una tentativa contra la Inglaterra. Los viajeros observan siempre con interés una doble escalera en espiral que hay tallada en la roca y por la cual se baja del castillo á la ciudad.

— Esta ciudadela, tan temible en todo tiempo, fué sin embargo tomada por doce hombres bajo el reinado de Carlos I. Esta fué la hazaña nocturna de un atrevido republicano llamado Drake, que escaló la roca y dirigió tan bien su ataque que la guarnicion realista creyó tener todo un ejército encima y se rindió á discrecion.

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(Continuacion).

PLAGA SETIMA.

Los truenos, el granizo y los rayos.

«Orate Dominum ut desinat
tonitrua Dei et grande.»

Por uno de esos bruscos cambios de temperatura tan frecuentes en Madrid, la tarde que hasta entonces había estado serena y despejada, se descompuso de repente. Las nubes aglomeradas en el confin del horizonte se derramaron por la esfera, y en breve ocultaron el disco del sol. Los truenos y relámpagos se sucedían cada vez con mas estrépito y frecuencia, hasta que algunas anchas gotas de agua seguidas de un fuerte granizo, anunciaron la explosión de la tormenta.

De pié, apoyado contra el antepecho de la ventana, indiferente á las palabras de su amigo, que se había sentado á poca distancia en un banco inmediato, pasaba don Severo sus miradas distraídas por el cielo y por los campos vecinos. En la espresion desdenosa de sus labios, en la contracción de sus cerdosas cejas, fuertemente arqueadas, y en su actitud meditabunda, bien se echaba de ver que todavía estaba preocupado con su fatal idea de las Plagas, y que buscaba puntos de contacto entre ellas y la tempestad que acababa de desencadenarse.

—¿En qué diablos piensa vd., señor Pimentá? dijo el Alegrete admirado de su largo silencio.

—Pensaba, repuso aquel, en la estraña casualidad de haberse descompuesto el tiempo en el mismo instante que íbamos á hablar de los truenos, del granizo y de los rayos.

—Tanto mejor: así podrá vd. ilustrar con ejemplos prácticos, sus luminosas teorías acerca de dichos meteoros.

—Supongo que vd. tendrá algunas nociones generales de física, añadió don Severo estirándose los cuellos de la camisa y pavoneándose, como si quisiera imponer respeto á su colega, dejándole entrever la profundidad de sus conocimientos científicos.

—Si señor, contestó Alegrete sonriéndose con su habitual irónica sonrisa: yo sé de todo un poco; como que he asistido, tres veces en un año, cuando era todavía *petit enfant*, á los cursos del Liceo, del Instituto Español, del Porvenir y del Ateneo.

—En ese caso.... nos entenderemos fácilmente. Don Donoso volvió á sonreírse, y yo que no entiendo una palabra de física ni tengo afición á tal estudio, á no ser al de la física experimental que tiene relación con el cuerpo humano-hembra, créi trasladar en su sonrisa la confianza del saber. Vamos, me dije mordéndome las uñas, de sabio á sabio no va nada: aprovechemos la ocasión de aprender algo.

—Es un hecho incontrovertible, prosiguió magistralmente el filósofo catalán, que los vapores suspendidos en la atmósfera se cargan en ciertas circunstancias de gran dosis de electricidad. El insigne Francolin, natural de Cochabamba, en la república de Haití, fué el primero que en 1772, por medio de un globo aerostático en figura de cuervo....

—Por Dios, don Severo! exclamó el jóven sorprendido, vd. tergiversa los nombres, los países, las fechas y hasta los hechos. Franklin nació en Virginia, estado de la Union americana, entonces colonia inglesa... De lo demas no me acuerdo.

—¡La ignorancia siempre es atrevida! refunfuñó el viejo; y se atreve vd. á desmentirme y á dejarme con la palabra en la boca, para salir luego con que no se acuerda! No hacen otra cosa diariamente los que por medio de la prensa promueven una cuestion, y al primer amigo de sus adversarios, se retiran pretestando que no pueden descender al resvaladizo terreno en que ellos se encuentran.

—Perdone vd., creí.....

Don Severo se paseó de una pared á otra con el gesto avinagrado y las narices hinchadas, aparentando que se desdenaba de seguir la polémica con un hombre tan ignorante y audaz; pero como este no le invitase á continuarla, se apresuró él á reanudar el hilo de su discurso, temeroso de perder aquella brillante coyuntura de manifestar sus especiales conocimientos en la materia. Hé aqui cómo se espresó despues de una larga pausa:

—Pues como iba diciendo.... del mismo modo que las nubes se cargan á menudo de gran suma de electricidad, y revientan en truenos, granizo y rayos, y que dicha electricidad es la causa primordial de todos los fenómenos meteorológicos, así la atmósfera social de Madrid, sobrecargada de ciertos fluidos anárquicos y rimbombantes, compuestos de los efluyos que despiden ciertos agentes malficos que se albergan en su recinto, desátase á menudo en escándalos, destrozos y golpes mortales, que parodian en la tierra los truenos, el granizo y los rayos del cielo. Vd. me entiende; esto está claro....

—Si señor, eso está claro, muy claro, tan claro, que se pierde de vista. Para mayor claridad.....

—Dividiremos esta plaga en tres secciones; en la primera de los truenos comprenderemos:

- 1.º La linterna mágica.
- 2.º Tirios y troyanos.
- 3.º Los matemáticos á medias.

- 4.º ¡Lo que va de ayer á hoy!
- 5.º No es oro todo lo que reluce.
- 6.º Tarde, mal y nunca.
- 7.º Misterios de bastidores.
- 8.º Toros y cañas.
- 9.º ¡Morir al nacer!
- 10.º Instintos juveniles.
- 11.º Capuletti ed Montecchi.
- 12.º Cigarras y mochuelos.

En la segunda seccion, titulada el granizo, tendrán cabida:

- 1.º Los aerolitos.
- 2.º Nones.
- 3.º Los claro-videntes.
- 4.º Lecturas, conciertos y albums.

Y por último, en la tercera seccion denominada los rayos, me limitaré á enumerar los siguientes: (cuadros vivos):

- 1.º Júpiter tonante.
- 2.º La hidra de Lerna.
- 3.º La roca de Sisifo.....

—¡Don Severo! murmuró el jóven asustado por el formidable catálogo que iba desarrollando ante sus ojos. ¡Don Severo!

Pero el incansable hablador fingió no apercebirse de su exclamacion, y continuó impasible:

- 4.º El tonel de Danao.
- 5.º Los minotauros.

—Señor Pimentá! gritó Alegrete ya exasperado.

El viejo siguió impertérrito:

- 6.º Los gladiadores.
- 7.º El juicio de Dios.

—¡Caballero! repitió el madrileño, ¡esto ya pasa de castaño oscuro!

El viejo nada, como si tal cosa; cualquiera diría que se había vuelto sordo:

- 8.º Las trombas terrestres.
- 9.º Las luminarias de.....

—¡Los demonios del infierno!

—Justamente.

- 10.º Los.....

Don Donoso se vió obligado á tatar la boca á su amigo con las dos manos para que callase.

—Ya he dicho á vd. con mil de á caballo, añadió, que para corroborar sus asertos, basta con que aduzca dos ó tres ejemplos, y vd. se me descuelga cada cinco minutos con veinte ó treinta, para probar la proposicion mas insignificante: ¿Es esto justo? ¿es esto regular? ¿es esto parlamentario?

—Así obran todos; todos, cuando les trae cuenta, quieren y acostumbran pecar, mas por carta de mas que por carta de menos. El escritor que puede escribir diez artículos sobre una materia, como lo podrá el futuro historiador de las plagas, por ejemplo, no escribe uno; el ladrón que puede robar mil no roba cuatro; la coqueta que puede tener diez amantes, no se contenta con dos.....

—¿Volvementos á las andadas, don Severo?

—En suma, lo que está basado únicamente sobre los hechos, solo con su auxilio debe demostrarse.

Un furibundo trueno apagó la voz del orador; las paredes del frágil edificio se estremecieron, y Alegrete aprovechó la ocasión para decirle, que hasta el cielo irritado de su locuacidad, le traía á la cuestion con su elocuente tronador acento.

—Plantada, pues, la cuestion en su verdadero terreno, prosiguió el catalán, y comenzando por los truenos, fije vd. sus miradas en la *Linterna mágica*.... de la política. Vea vd. desfilas esos ministerios que se levantan como sombras evocadas por la vara de un hechicero, y desaparecen por escotillon, como los personajes de una comedia de magia. Algunos han durado un mes, otros una semana, otros dos dias; pero ¿qué rumor es ese? Oiga vd., parece que se hunde el Olimpo, oiga vd. ¡Fué-ecé-era-! ¡Ja-a-a-! ¡fue-fu-é-er-! ¡ab-abah-aj! ¡¡¡jo-jo-jo-oh!!!

¡Terribles truenos!

—¡*Sic transit gloria mundi!* dijo á media voz Alegrete con aire contrito; así escarmentarán los ambiciosos. Así podrán meditar sobre la poca duracion de las cosas en general y de los ministerios en particular, como dice el ingenioso autor de una caricatura que habrá vd. visto en la Carrera de San Gerónimo.

—Los tirios y troyanos vienen en pos: trasláde-se vd. á la cámara de diputados; suponga vd. que asiste á una borrascosa sesion de córtés, y que se discute algun punto ruidoso ó importante. Contemple vd. á *tirios* y *troyanos* combatiendo encarnizados, arrojándose proyectiles de todo peso y calibre, y queriendo cada uno sofocar con sus gritos las razones de sus adversarios. ¿No oye vd?... Diríase que se desploma el firmamento.... ¡Tilin! ¡tilin! ¡tilin!.... ¡pi-pi-pi-do-do-o-o-la-a-a- pa-pa-pala-a-a-brra! ¡¡No-oo-!!! ¡¡¡Si-i-i-i-!!! ¡¡¡al-al-or-or-or-denden!!! ¡tremendo trueno!

—Las luchas parlamentarias son indispensables para mantener el equilibrio entre los partidos, y en toda lucha hay confusion, tumulto, gritería (y lo demas que es consiguiente). La verdad no entra en el mundo sino combatiendo, y del choque de las opiniones contrarias brota la luz que ilumina á todos. Buffon dice que el estilo es el hombre; otros aseguran que el hombre es la palabra....

—Y yo opino que los pulmones, porque el que mas chilla puede mas.

—Sea de esto lo que fuere, siempre es un consuelo ver que en nuestra época, en que las palabras han sustituido á las ideas y á los principios, los que mas

hablan, los que mas gritan, los mas parlanchines, en fin, son los mas temidos y considerados. Conocida pues, la tendencia del siglo, encuentro muy lógico que se realice el axioma sansimoniano de tratar cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras.

—Diabólicas son las deducciones de vd., amigo, la diabólicas como el odio que recíprocamente se profesan tirios y troyanos, á quienes dejaremos que al se las compongan como Dios les dé á entender, para pasar nosotros en revista á los matemáticos á m dias. ¿No cae vd. en quienes sean estos?

—No señor, siempre he sido muy torpe para descifrar logografos.

—Los matemáticos á medias son los discípulos de Mercurio (dios del comercio y de los ladrones), que han aprendido á sumar y á multiplicar, pero no á restar ni á dividir. Son los representantes de sociedades anónimas ó no anónimas, son los agentes públicos estrajudiciales que manejan bienes ajenos, los cuales sin saber como, se les volatilizan entre los dedos se les convierten en humo, en vapor, en saca-oro que no siempre se ha de decir *meta*, con un estrépito igual al que ahora nos desgarran los oidos.... ¿¿¿ oye vd?... ¡tramp-tramp-a-á! ¡qui-qui-quié-br-rrrrá-a-! ¡¡¡ Es-es-taf-af-af-a-a-a-!!!.... ¡Horrosos truenos!

—El que tal hace lleva en el pecado la penitencia; y los engañados alcanzan un premio correspondiente á la magnitud de sus pérdidas.

—¿Cómo?

—La Escritura dice: es mas fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que se salve un rico; mientras sus victimas empiezan á gozar desde luego entre otras muchas ventajas, la de encoritrarse limpios de polv y paja, sin temer ladrones, ni devanarse los sesos para emplear con mas ó menos utilidad sus capitales. El hombre dominado por la vil codicia, influado por prosperidad se vuelve inhumano, avaro, egoista... no, mas vale darle ocasion á que abra su pecho á los dulces afectos de la naturaleza, para que pueda esmar con Dido:

«Como las iras soporté del hado,

Comprendo y sé amparar al desgraciado (1).

—¡Lo que va de ayer á hoy! repitió Pimentá abriendo cada ojo como una taza, y estirando su prominente hocico parecido al del Anta (2) lo que va de ayer á hoy!.... Al que ayer vimos en una provincia sirviendo tal vez de mancebo en una horchatería ó limpiabotas por las calles, hoy en la córtés se pasea en carretela; vive en un palacio magnífico; se roza con las mas granadas de la sociedad; tiene influencias, amigos, queridas; es considerado, temido y respetado triunfe, gasta, derrocha; mientras caen de su elevada pedestal y mendigan una limosna, otros que no criaron en tan humildes panales, ricos desde que abrieron sus ojos á la luz. Aqui se improvisan y de aparecen las fortunas de la noche á la mañana; y se gañados y engañadores corren tras ella, y reluchan entre sí, como aquel grupo de nubes que tenemos nuestra espalda: vea vd. cómo las mas negras absorben á las mas blancas, y cómo las que estaban debajo se colocan encima.... oiga vd. *Trans-rrrans-tor-tos-os-os!* *au-á-ú-ú-ú-dá-a-a-cial!* *fu-fa-fa-or-or!*

Elocuentes truenos!

—A rio revuelto ganancia de pescadores, contestó el jóven; lo que vd. me dice me hace creer que Madrid hay muchos que, sin ser alquimistas ni tener pacto con el diablo, han encontrado la piedra filosofal.

—La aguja de marear querrá vd. decir.

—Es lo mismo:

Por que siendo el mundo mar....

Don Severo concluyó la cuarteta, añadiendo: Andan todos á porfia Buscando de noche y dia La aguja de marear (3).

—Pero en cambio, prosiguió Alegrete, si no comprendido mal el pensamiento de vd., de cuantos puede decirse:

No es oro todo lo que reluce.

El que se hace arrastrar en flamante coche inglés y debe hasta el heno que devoran sus caballos; y las que se presentan en el Prado vestidos y vestidos con arreglo al último figurin que acaba de llegar Paris, y ayunan cuatro dias á la semana, y en los restantes comen únicamente patatas cocidas: los primeros en verano se despiden para ir á tomar baños al extranjero ó hacer una excursion por las provincias, y luego á esconderse en una aldea á dos leguas de Madrid; los....

—Escuche vd.... ¡Fa-fa-a-tu-tui-i-i-i-dad-ad! *or-orr-gu-u-u-ll-o-o-l pre-prrrre-c-e-sun-sun-un-un-ciei-on-on-on!*

¡Graciosos truenos!

—Sin embargo, fuerza es confesar, apresuróse á decir el defensor de las plagas, que los que van muy pantigados en sus carrozas y deben hasta el unto las ruedas, son profundos calculadores, arbitris consumados. Con lo que toman fiado á unos, alienan á otros para que á su vez les fien lo que les vaya!

(1) Et non ignara malis miseris succurren disco. (Virgilio).
(2) Animal de América perteneciente á la familia de los fantes.
(3) Quevedo.

ciendo falta, y con los efectos de todos se colocan a cierta altura, á la del pescante por ejemplo, desde la cual imponen respeto y deslumbran á la muchedumbre, y con la muchedumbre á sus numerosos acreedores, que no pueden figurarse que un hombre que gasta aquel lujo y prosopopeya, no les pague mas tarde ó mas temprano los maravedises que les adeuda. Fuerza es convenir que los y las elegantes que ayudan ó comen homeopáticamente por andar á la moda; á fuerza de privaciones se espiritualizan y ganan en imaginación lo que pierden en carnes. Nada es tan provechoso para conservar la salud como la abstinencia;

Pues la dieta natural
Preserva de todo mal

como dice un poeta; y nada aviva tanto las facultades intelectuales como el hambre, origen de los mas grandes descubrimientos, raudal perenne de inspiración y foco de las mas sublimes concepciones.

En cuanto á los que se despiden para irse lejos, muy lejos, y despues se quedan escondidos en los alrededores de Madrid, como los murciélagos en las grietas de las rocas, preciso es confesar que la intención y la apariencia de hacer lo primero basta para su gloria y reputación entre la gente *comme il faut*, y que no es culpa suya si el fastidioso estado de su bolsillo les obliga á optar por lo segundo. El que desea una cosa buena y no la hace porque no puede, es mas digno de elogio que de censura; y así como la ley divina ni la humana castigan al que por cualquier motivo se ve compelido á obrar contra su voluntad, de la misma manera la ley de los salones, es decir, la murmuración exime de toda pena, por falta de datos en que apoyarse, al que imposibilitado de obedecer á las costosas exigencias y caprichos de la moda, sabe escaparse por la tangente, dejando bien puesto el honor del pabellón.

—Perfectamente, dijo el catalán á su amigo, ha hecho vd. la apología de las apariencias *truenescas*; veamos ahora si defiende con igual tino á los infinitos tramposos que abriga la coronada villa, conocidos como tales hace medio siglo, y tolerados sin embargo, aunque siempre pagan sus deudas en tres plazos: *tarde, mal y nunca*.

Un triple trueno retumbó á lo lejos, apagado, confuso y monótono, como las excusas que alega un deudor insolvente, y don Severo, pretendiendo imitarlo, parodió el desacorde maullido de los gatos, cuando ruedan por los tejados en alas de algun deliquio erótico: *miau mau mau*, como si hablase en portugués ó en gallego y dijese: *mal, mal, mal*; luego, viendo que este sonido no daba una idea completa de la ronca detonación que ensordecía el espacio, añadió: *¡Ra-ra-a-a-a-tee-e-ri-i-i-a!* ¡embro-brorro-o-o-olla! ¡ci-i-i-i-i-i-is-is-is-mo-o-o!

—¡Ay! qué truenos tan desagradables, replicó don Donoso; en justo castigo de haberlos vd. imitado con tanta perfección, los defenderé siguiendo su sistema: prepárese vd. á oír las divisiones y subdivisiones que se me ocurren.

—Con tal que sean exactas...

—Vd. juzgará. Aforismo: la familia de los acreedores es generalmente muy desalmada, y tiene el corazón rerto y duro como el metal que demanda, cuando tropieza con alguno de los que pagan sus deudas en tres plazos, aprende:

1.ª A tener paciencia, lo cual es de un valor inapreciable, porque con paciencia se gana el cielo.

2.ª A dar continua ocupación á los artistas desvalidos, como son los curiales, corchetes, zapateros, etc. lo cual es muy meritorio bajo el punto de vista humanitario.

3.ª A pensar en la eternidad, lo cual es muy útil para no olvidarse de que hay otra vida, donde nos han de exigir estrecha cuenta de lo que hagamos en esta.

Además, sacan los acreedores las siguientes ventajas:

1.ª Hacen mucho ejercicio, lo cual es muy provechoso en todas estaciones, particularmente en la canícula.

2.ª Se acostumbran cuando van por la calle á ejercitar la vista en los transeúntes, lo cual es muy útil para adquirir algunas nociones de frenología, ciencia indispensable para conocer al hombre físico y moral, según las teorías de Lavater, Gall, Spurzheim, Combe y otros famosos sabios.

3.ª Están habilitados para decir con mas fé y convicción que nadie, cuando recen el Padre nuestro... *perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos...* etc., lo cual, atendido los chascos, camitatas y burlas que habrán sufrido de sus deudores, los que tal dicen, no puede menos de ser altamente recomendable á los ojos de Dios.

Aun podrían hacerse otras divisiones.....

Interrumpióle Pimienta para decirle:

—No, hasta: no malgastemos el tiempo en estériles controversias; los *misterios de bastidores* y cuatro ó cinco truenos por el estilo, nos están aguardando.

—¿Por qué llama vd. misterios á lo que todo el mundo sabe, á las rivalidades, enredos, chismes, mezquindades, pretensiones y flaquezas de las actrices y de los actores?

—Porque esa es la palabra sacramental.

—Si se refriese vd. á las continuas quiebras que sufren las empresas teatrales, y me explicase el cómo y el por qué, unos se ponen las botas con ellas y otros se quedan á la luna de Valencia; entonces, tal vez le

convendría la palabra misterios; de otro modo debe calificarse de.....

—¡Rap-rap-pi-pi-i-i-i-tum-tum-tum! ¡Es-es-tup-tup-up-i-i-i-dez-ez-ez! ¡Pan-pan-an-an-di-i-i-lla-a-age!

—¡Malditos truenos!

—Vengadores, añadió Alegrete; hasta en ellos se divisa la oculta mano de la Providencia, que castiga sin piedra ni palo. El público, harto y atosigado de ver comedias mafas ó contemporáneas de Matusalen, presencia gratis un espectáculo nuevo: la comedia de las comedias, picante y divertido sainete, en el que los actores y actrices pagan involuntariamente y cuando menos lo piensan, por razon de daños y perjuicios, los soponcios, malos ratos, letargos y congojas que han hecho pasar al público en aquella temporada, y en particular á los desventurados autores de las piezas *ejecutadas* extra-legalmente por ellos, de una manera inquisitorial y despótica, sin forma de proceso, sin los auxilios espirituales, sin permitirles testar ni confesarse, y sin nada de lo que hace menos amargo y doloroso el terrible trance de la muerte.

—¿Pues qué diría vd. si yo quisiese tomarme la molestia de examinar detenidamente las funciones de *toros y cañas*, que á veces tienen lugar en los teatros de la corte? ¿Qué diría vd. si le recordase aquel estrépito, aquella bataola, aquellos gritos, aquellos golpes con las manos, con los pies, con los bastones, y hasta con la parte occidental, con el polo antártico del cuerpo?... El cielo se encarga de responder por mí.... escuche vd. ¡Ot-ot-otro! ¡Ot-ot-otrrro-o-o! ¡Que-que-sal-al-al-ga-a-a-a!.... ¡Brav-brav-brrrrav-o-o-o!

—¡Vaya unos truenos estúpidos! ¿También encontrará vd. en ellos alguna filosofía?

—Si señor: el pueblo madrileño tiene grande afición á los toros; es así que en dichas escenas se cree transportado á la plaza, y goza las emociones de una corrida, sin presenciar ninguno de los desgraciados lanceos que ensangrientan aquellas fiestas-nacionales por excelencia. Por lo tanto, conviene fomentar el entusiasmo público hácia un espectáculo análogo, pero mas humano y civilizador; y como el entusiasmo es ciego, tal vez se consiga con general aceptación, andando el tiempo, trasladar los actores y las bailarinas á la plaza de toros, y á estos al teatro para pasearlos por la escena únicamente, como pasean por las calles al buey gordo en París. De este modo se conciliarían todos los intereses y todos ganarían en el cambio. Al toro de mal trapío no se le arrojarían coronas para que las devorase, y al actor ó bailarina que no cumpliera dignamente con su deber, se le mandaría poner banderillas de fuego ó se les echarían perros.

—Ay amigo! contestó el viejo exhalando un profundo suspiro, ese gran pensamiento no se realizará. *Morir al nacer*, es la condición de toda idea demasiado prematura. Díganlo sino los innumerables periódicos políticos, literarios, noticieros, económico-industriales, filarmónicos, eróticos-narcóticos-estrambóticos, cuyos anuncios y prospectos, como un río que sale de madre, inundan cada año las esquinas de Madrid. ¡Fuegos fatuos, estrellas fugitivas, rápidas exhalaciones, veloces meteoros, brillan, cruzan, tocan á su ocaso, palidecen y se apagan sin que los ojos del público les concedan una mirada de piedad!....

—¿No oye vd?... *Originales* se me antojan estos truenos.... ¡At-at-at-tra-a-a-as-aso!.... ¡Ig-ig-ignoran-an-an-ci-a!.... ¡hast-ast-ti-o!

Los dos amigos inclinaron la cabeza como agobiados por el tropel de ideas que en torbellino se agolpaban á su frente: al verlos tan abatidos, sentíame yo entristecido sin saber por qué, y aguardando á que uno de los dos desplecase los labios, renuncié á un proyecto que tenía de publicar, asociado con otros jóvenes escritores, un semanario semanal todas las semanas (cuatro pliegos en folio) impreso en rico papel vitela, ilustrado con viñetas de colores abiertas en acero, y con artículos en prosa y verso de nuestros primeros literatos; todo por la insignificante suma de dos cuartos al mes en Madrid, y dos y medio en provincias por razon de portes.

La dolorida voz de don Donoso vino á sacarme de mis hondas meditaciones. Hasta aquel fatal momento yo habia creído enriquecerme con mi periodiquín.

—Lo único que me consulta, dijo, al contemplar el inmenso catálogo de publicaciones muertas al nacer, es la idea de que así muchos genios desconocidos habrán tenido el dulcísimo, inefable deleite de ver su nombre estampado en letras de molde, en los prospectos, ya que no en sus obras; es la certeza de que en ciertos periódicos (ya difuntos, con los vivos no hablo, no se crea que mis razones son hijas de la envidia ó de otra pasión innoble;) redactados por varios apreciables jóvenes escritores, se han dado á conocer, escribiendo *gratis el amore*, como sus patronos, otros varios apreciables jóvenes escritores, que ni son apreciables, ni jóvenes, ni escritores: serán cuando mas algunos buenos niños, muchachos ó viejos, que han errado la vocación, y que para todo sirven, menos para el rudo oficio que se empeñan en seguir. Pero como quiera que sea, gracias á esos faros resplandecientes, muertos al nacer, la celebridad ha iluminado con su mágica aureola el nombre de algunos; se han hecho reputaciones al vapor; y muchos, ¡cosa extraña y casi increíble! con una ruin cuarteta, con un mal soneto, con una oda detestable, con pésimas traducciones, con una novela estúpida, con un drama infame,

me, con un mísero librejo traducido del francés en gabacho, han conseguido, no me chanco ¡vive Dios! elogios, distinciones, honores, empleos. ¿Para qué mas estímulo á la literatura y á las artes? ¿quién al ver tales *adefesios*, no se siente con bríos para escribir mas que Lope de Vega ó el Tostado?... ¿Quién es el necio que no se cree autorizado para meter sus cinco mandamientos en el globo de esa lotería pública y gratuita, en la que si la suerte le es propicia, aunque sea un alcornoque, puede sacar un premio que le cree de repente una posición social y asegure tal vez su porvenir?... La perspectiva es bella; y por poco aficionado que se sienta á ligar frases y á casar (ó cazar) rimas, caerá en la tentación. Esta y no otra es la causa de que abundan tanto los buenos escritores en Madrid.

Así, pues, ya que las letras en el terreno de la ciencia y de la gloria, alcanzan tan mezquina retribución entre nosotros, seamos indulgentes con los que las cultivan como medio y no como fin; seamos partidarios del libre comercio, y dejémos á cada uno que siga sus instintos....

—A propósito de instintos, ¿ha observado vd. los que manifiestan esos jóvenes polluelos, mal educados é insolentes, que en todas partes y á todas horas se entretienen en perseguir y atosigar con sus requiebros á cuantas hijas de Eva encuentran solas, sean señoras ó fregatrices, bonitas ó feas, solteras ó casadas, viudas ó del género neutro?

—Vd. lo ha dicho: instintos juveniles, efervescencia de la sangre, truenos ó ventosidades del corazón que se abren paso por los labios....

—Y por las manos; porque algunos no se contentan con hablar, sino que obran al propio tiempo.

—Cuanto mas vivo es el ataque, mas gloriosa es la resistencia. La posibilidad ó imposibilidad de vencer una fortaleza, no se conoce sino embistiéndola. Además, las mugeres son por lo comun muy indulgentes con los estravíos y arrebatos que ocasiona su belleza. Aunque aparenten lo contrario y pongan mala cara, no les disgusta que las sigan, y menos que al pasar las arrojen á media voz algun requiebro ó galantería, dicha con gracia y desenfado.

—Si, pero los truenos las asustan.

—No tanto como vd. cree.

—Y los detestan.

—¿Cómo los *Capuletti á los Montecchi*?

—¡Oh!... no se burle vd. de esos infelices, replicó don Severo, harto digno de lástima son, para que vd. aumente su infortunio con sus sarcasmos.

—¿Y quiénes son ellos?

—Los pupillos insolventes y las amas escasas de recursos: la pobreza en lucha con la miseria, el ingenio combatiendo con la astucia, el hambre acometiendo á las ganas de comer. Figúrese vd. por una parte á los que quieren llenar la bucólica y estar bien asistidos por muy poco dinero, al fiado, de gorra si es posible, y por otra, á las pobres ánimas del purgatorio, perseguidas por el aguador, el escarolero del portal, el mozo del almacén de enfrente, la preñera, la criada, la lavandera, el carbonero, el casero, y por toda la recua de sus despiadados acreedores. Figúrese vd. que encarnizados combates y qué truenos no habrá diariamente entre *Capuletti ed Montecchi*: estos quejándose de que los tratan mal, y aquellas lamentándose de que no ganan nada y que por ellos están empuñadas hasta los ojos.

—Déjémoslos en paz, y ensáñese vd. con las *cigar-ras* y los *mochuelos*.

—Bien lo merecen, á fé mia, porque difícilmente pueden concebirse truenos mas resonantes y prolongados que los anteriores, se sucedieron con impetu indescribible. Fulmineas exhalaciones giraban centelleando entre las nubes, y al rasgar su oscuro seno se escapaba el granizo condensado en forma de estrellas ó de pirámides truncadas. Poco despues la verde alfombra de los campos ofrecía el aspecto de un cenagoso lago cristalizado con perlas, arrojadas al azar sobre su manto de esmeralda. Era un espectáculo magnífico, y don Severo no se cansaba de admirarlo.

De repente la idea fija que le perseguía, resbalando entre los hondos surcos de su frente, arrugó su aspecto entrecejo, y al breve placer que experimentar, sucedióse el frio desden y la indiferencia del malestar y el disgusto. Un fuerte suspiro, semejante á la ronca aspiración de un ruco enamorado, al aproximarse á una yeguada, salió de su cóncavo pecho, estrecho pantcon de su dolor, como diría un poeta romántico-nigromántico-atlántico.

Lectores, detengamos aquí, porque al paso que vamos no sé si podreis resistir el granizo de tanta plaga. En el próximo número concluiré de referiros lo que en esta dejo pendiente. (Se continuará.)

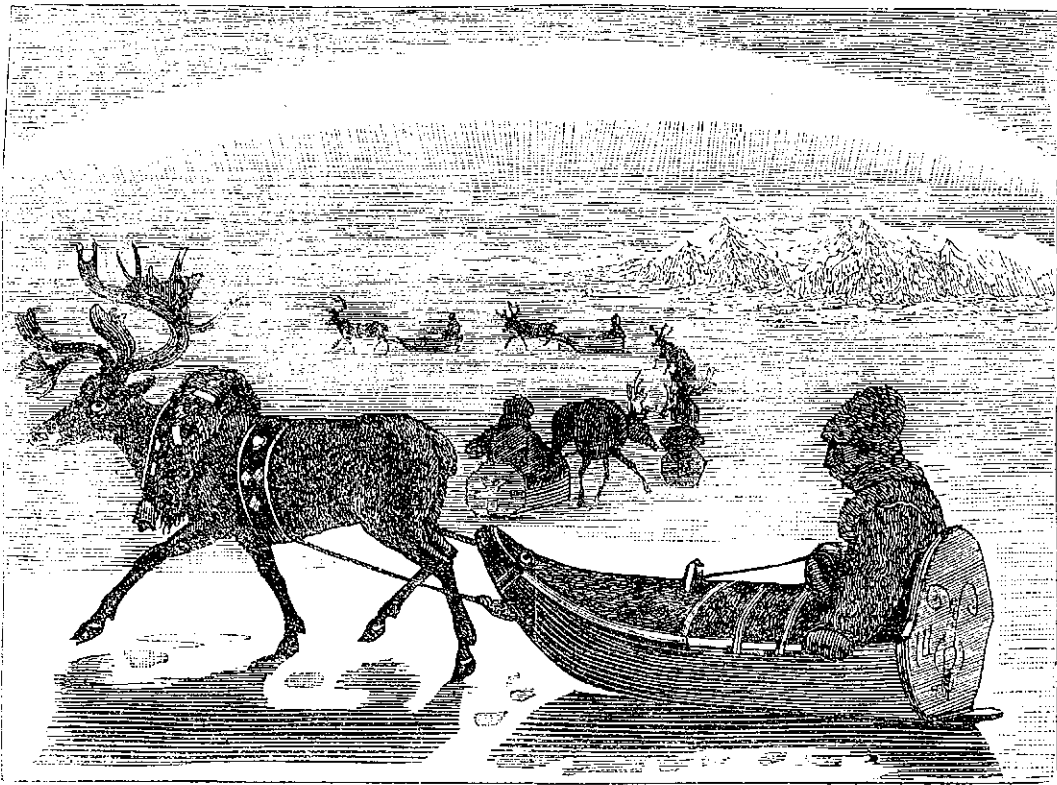
ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

CARRUAGES EXTRAÑOS.

Todo el mundo conoce el aparato del carruaje destinado al transporte de las personas, de las mercaderías y de todo género de cosas. Los carruages pueden ser considerados como objetos de utilidad ó de lujo, y en el uno y en el otro de estos casos, la riqueza, la moda de estructura y la forma, varían de tal manera, como el nombre que llevan, cuya nomenclatura sería difícil y larga de indicar. Tales son los carros, las carretas, las berlinas, las calesas, los cabriolés, las galeras, las tartanas, las carrozas, etc., etc.

Los primeros carruages fueron toneles ahondados y gruesas arrias ó carretones sin ruedas; en seguida se adoptaron dos ruedas solamente.

Los frigios, primero que nadie, le pusieron cuatro; los escitas pusieron hasta seis; pero sus carruages eran unas especies de casas am-

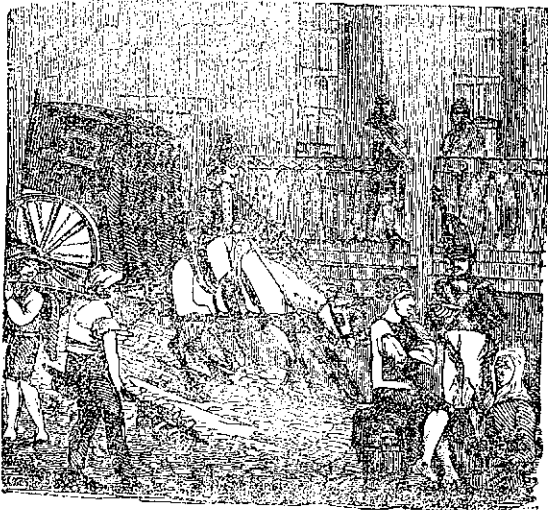


Lapon viajando à la claridad de una aurora boreal.

pues fué cuando los carruages se hicieron tan comunes y se desplegó tanto lujo; es un género de industria que de poco tiempo à esta parte se ha llevado al más alto grado de perfeccion. Se fabrican hoy en Francia y en Inglaterra carruages con camas: en los cuales se puede viajar casi tan cómodamente como sino hubiese un salido de su aposento.

Se han fabricado tambien en estos países coches mecánicos, que marchen sin el auxilio de los caballos, siendo preciso comprender en este número los coches de vapor que experimentan hoy en Inglaterra perfeccionamientos cuyo uso no tardará mucho en generalizarse en toda Europa: estos carruages marchan por todos los caminos con una ligereza de tres à ocho leguas por hora, y atraviesan rápidamente las pendientes muy rápidas.

Su peso total, comprendido el de las personas que los conducen, asciende aproxima-



Coches portugueses.



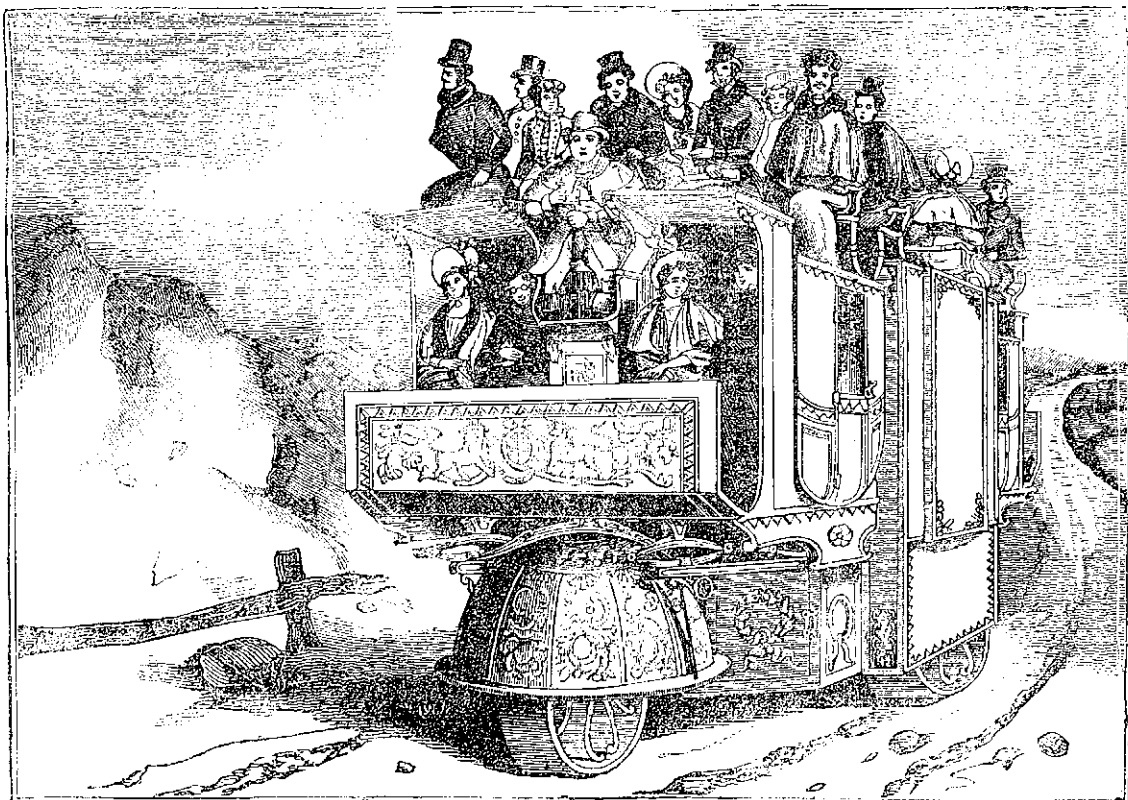
Narria rusa.

bulantes donde se alojaba toda clase de familia.

Los romanos tuvieron diez y seis ó diez y siete especies de carruages con nombres diferentes: el que se llamaba *carpentum* pertenecía à la mas grande riqueza, y se lo apropiaron los reyes; el carruco (*carruca*) y el *piletum*, eran los carruages cubiertos de cuatro ruedas, enganchados por mulos que servian à las personas de calidad. Tambien tenían calesas y cabriolés de un solo caballo, como se observa en los antiguos monumentos; eran lo mismo que los de los griegos.

Nuestros reyes primitivos no tenían ni carros, ni carrozas, y se hacian modestamente conducir por una especie de carreta de cuatro ruedas, que se llamaba *carpeton*, y del cual tiraban dos ó cuatro bueyes.

Poco tiempo des-



Carruage de vapor de Mr. Church.

tivamente à unas seis mil libras; la explosion de la caldera no puede, por otra parte, hacer correr ningun peligro à los viajeros, y ademas esta explosion es casi imposible à consecuencia del modo de construccion de la máquina, que está colocada detrás del carruage, y que no forma con este un volumen mas grande que el de los omnibus que circulan por Madrid.

El carruage que Mr. el baron de Asda hizo circular en 1833 por el camino de París à Versailles, recorria la distancia que separa à estas dos ciudades en una hora y algunos minutos.

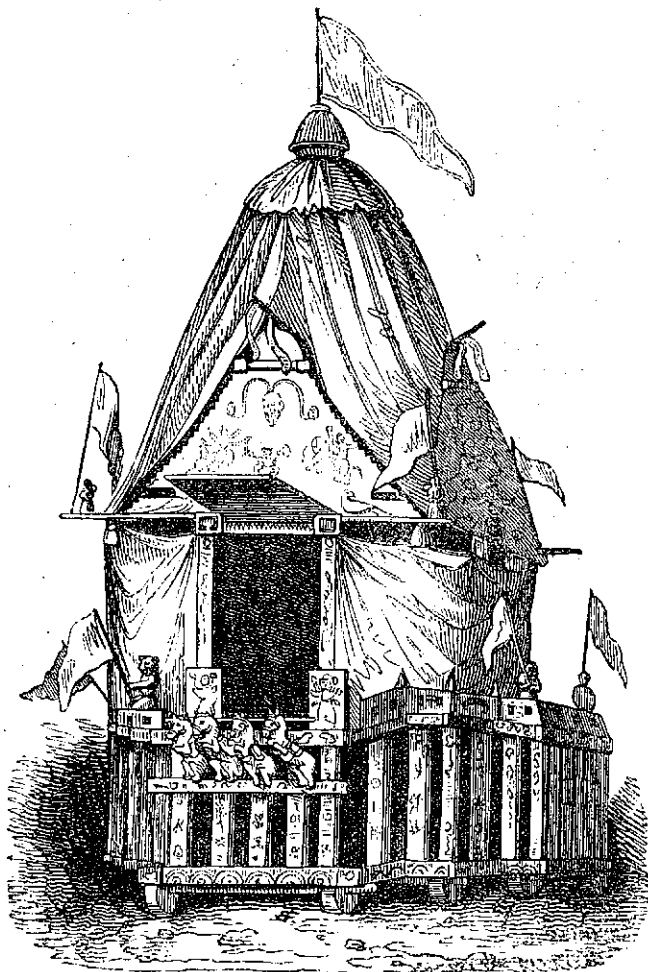
Si el carácter esencial que forma ó distingue un carruage consistia menos en la presencia de las ruedas que en el uso del carruage mismo, considerado como medio de transporte solamente, sería preciso colocar



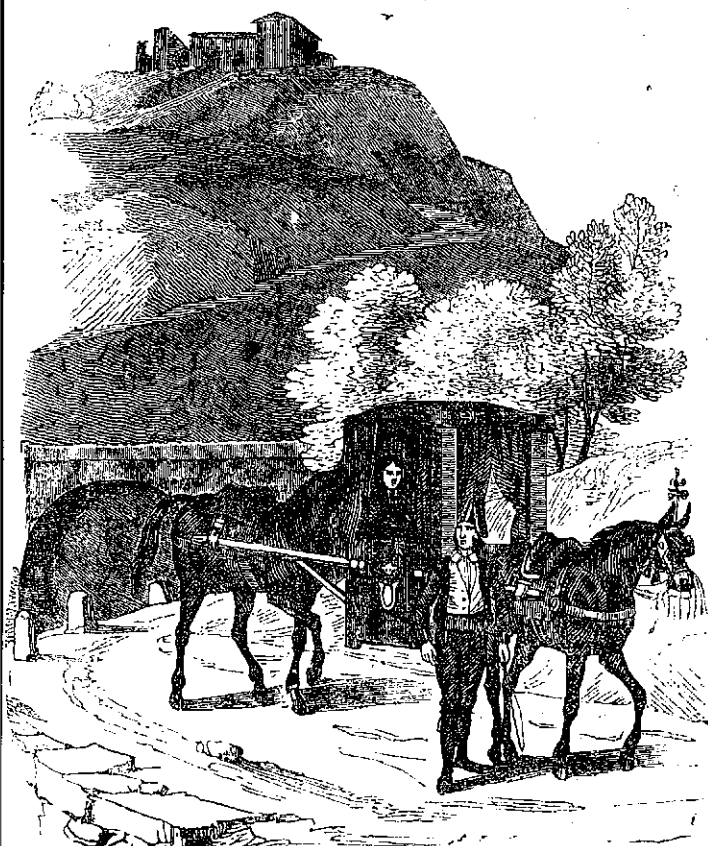
Finlandeses.



Correo ruso.



El carro de Jagganatha.



Viage por las montañas de Guipúzcoa antiguamente.



Carro de buyes portugués.

tambien en la clase de carruages las literas, las sillas de mano y la *basterna*, que difiriendo poco de estas dos modas de vehiculo era llevada tan pronto por esclavos, tan pronto sobre el lomo de cuadrúpedos domésticos.

La ley parece haber admitido hasta cierto punto esta similitud, designando bajo el mismo nombre de carretero al encargado del transporte de las mercancías de las personas que viajan.

EL RAYO.

Antiguamente se creía que el relámpago, el rayo y el trueno debían provenir de la inflamación de las sales, de las materias sulfúreas y otras sustancias que se encuentran en la atmósfera; así como se pretendía hallar la mayor semejanza entre los efectos de las armas de fuego y estos fenómenos; pero todas las razones y argumentos en que se quería establecer este sistema, no bastaban para resolver las dificultades que se ofrecían, particularmente al considerar que los estragos que hace el rayo, de ningún modo se podían atribuir á aquellas materias, porque en ellas no se reconoce tanta fuerza. Por eso los físicos empezaron á sospechar la existencia de otra causa mas poderosa aun cuando faltaban ingenios que supiesen arrancar de la naturaleza este secreto oculto por tantos siglos.

A mediados del XVII, el célebre Oton Gueriche trabajó una bola de azufre, é hizo con ella muchos experimentos, construyó tambien una máquina eléctrica, la primera que los físicos vieron, y que despues ha podido servir de modelo á otras mas perfectas. Los antiguos y aun los modernos, solo conocían en los cuerpos eléctricos la atracción: Gueriche fué el primero que descubrió la chispa, y ese pequeño estremecimiento que despues advirtió mejor el célebre Wal. Sentados estos precedentes, ilustraron luego con provecho la materia Newton y otros.

A principios del siglo XVIII, Grey y Dufay fueron mas adelante descubriendo su extraordinaria celeridad, y este último estableció el importante principio de que los cuerpos eléctricos atraen á los que no lo son y los repelen luego que con intermediación ó su contacto los hacen tambien eléctricos. El mismo Dufay descubrió las dos especies de electricidad, una vítreay y otra resinosa; y aunque este descubrimiento quedó por entonces abandonado, le dió sin embargo ocasion para hacer muchas observaciones curiosas sobre la diferente electricidad de los cuerpos idio-eléctricos, y aun despues de algunos años fué renovado por Simmer, Grey y Du-Fay, aumentaban cada dia sus descubrimientos, y las muchas novedades y maravillas que provenían de sus esperiencias, estimulaban á todos los físicos á estudiar con empeño este punto. Boce, Allaman, Watson y algunos otros, inventaron medios de mejorar la máquina, enriqueciendo con nuevas verdades esta parte de la física.

El gran físico Muschembroech no podia mirar con indiferencia una materia de tanto interés; y en efecto dió gran impulso á su estudio con la invencion que algunos atribuyen á Cuneus, de la botella llamada de Leiden, acumulando por su medio mucha mayor electricidad, produciendo, ademas de la atracción y la luz mucho mas viva, un fuerte é inesperado golpe, y haciendo así mudar de aspecto y tomar nuevas formas y actividad á todos los fenómenos eléctricos. Gran revolución causó en las ideas de los físicos aquella botella, y la singularidad del fenómeno agitó mucho sus ingenios para hacerles pensar en nuevos experimentos y buscar nuevos resultados. Singularmente Nollet, que habia sido ayudante de Dufay, y que ya se habia dado á conocer por sus observaciones y teorías eléctricas, abrazó con empeño esta nueva maravilla para entender mas las fuerzas y la fama de su doctrina. Pensó en hacer sentir á centenares de personas á un tiempo el golpe eléctrico que Muschembroech no supo dar mas que á una sola. Comunicó á los pájaros y á otros animales el mismo golpe, y llegó á darlo tan fuerte, que era capaz de quitarles la vida. A mas de Nollet se distinguió en semejantes esperiencias el médico de Monnier, y despues de haber probado la comunicación casi instantánea del fluido eléctrico en la distancia de muchas millas en medio de árboles, de terrenos diferentemente cultivados, de agua y de otros cuerpos, esperimentó que la única condición verdaderamente general para comunicar la electricidad, es la proximidad de un cuerpo electrizado. Todos estos y otros físicos, no solo hicieron esperiencias y procuraron adquirir nuevas luces sobre el fundamento de la célebre botella de Leyden, sino que tambien estudiaron profundamente é ilustraron teorías y experimentos de la electricidad, por estar bien persuadidos de las grandes ventajas que habian de reportar á la sociedad de descubrir los arcanos de este maravilloso fluido.

En tanto que en Europa y en todo el Antiguo Mundo científico se estudiaba sin levantar mano el electricismo, en la América Septentrional, un hombre retirado y estudioso, un físico aun no conocido en la república literaria, el ahora tan famoso y celebrado Franklin, hacia tal vez él solo mas brillantes descubrimientos que los mas célebres físicos de la Europa, y mas que todos estendía gloriosamente el imperio de la electricidad. Sin noticia alguna de la invencion de Smaton en Inglaterra, Franklin estableció al mismo

tiempo en América la batería eléctrica; y con cuadros de vidrio emplomados ó estañados, que eran los que se usaban en dicho pais, produjo efectos mayores, y llevó mas adelante las teorías eléctricas. Usó de diversas maneras el cuadro mágico inventado por Kipnersley; formó una rueda eléctrica é inventó otras muchas novedades, de manera que puede decirse creó un nuevo sistema de electricidad. Con tan vastos conocimientos se atrevió Franklin, como Dufay y Nollet, a inventar un sistema al cual debiesen sujetarse todos los fenómenos; no conformándose con las dos especies de electricidad, sino que introdujo la teoría de el mas y el menos, á lo que llamó electricidad positiva y negativa; y el equilibrio buscado por la naturaleza, bastó á su ingenio para esplicar todos los misterios eléctricos, y este sistema hizo abandonar pronto el de Nollet, y fué seguido generalmente por otros físicos, hasta que Comlomb, renovando el de Dufay, estableció las dos especies de electricidad, una *vítrea* y la otra *resinosa*, siendo esta la que rige actualmente entre los físicos.

Pero lo que ha hecho mas célebre á Franklin, y ha asegurado la inmortalidad de su nombre, es el haber descubierto el gran secreto de la analogía del rayo y el fluido eléctrico, encontrando el arte de llamar y conducir el rayo á su antojo. Es admirable y portentosa la exactitud y delicadeza con que siguió individualmente todas las circunstancias del rayo, y las halló todas enteramente conformes con la electricidad.

Franklin, sin embargo, no se contentó con demostrar esta analogía, sino que quiso tocar con la mano la identidad, y demostrar con los hechos que la materia del rayo es realmente eléctrica, y su estallido no es mas que una operación eléctrica de la naturaleza. Remontando una cometa en el año de 1752, recibía en ella la electricidad de las nubes, y producía todos los fenómenos que suelen resultar con electricismo artificial.

No pararon aqui las filosóficas miras de Franklin; pues quiso él mismo dirigir sus sublimes conocimientos en beneficio de la humanidad, y salvar con ellos las casas y vidas de los hombres de los estragos de tal meteoro. Con este objeto, habiendo encontrado el modo de llamar con una barra de hierro el rayo de las nubes, ideó tambien dirigirlo adonde se disipase sin peligro; y uniéndolo á dicha barra hilos metálicos que fuesen á parar aislados hasta debajo de tierra, formó de ellos oportunos conductores del rayo, que lo llevasen á lugares húmedos, donde se perdiese sin hacer daño alguno.

De aqui trae su origen el útil aparato de los para-rayos. Franklin, con sus nuevas esperiencias, y con el descubrimiento de la electricidad atmosférica, y de su identidad con la terrestre, presentó una doctrina enteramente nueva, y produjo una gloriosa época para la física, y en el vasto espacio de la atmósfera abrió á las investigaciones filosóficas un nuevo campo, que fué ya en sus manos, y continuó siéndolo en las de otros, fértil en importantes descubrimientos sobre la electricidad natural y artificial.

No será difícil que se convezan de ello aun los que no han estudiado la física, si quieren tomarse el trabajo de comparar los efectos del rayo con los del fluido eléctrico. Aquellos se manifiestan por los estallidos que se oyen desde lejos, y por el incendio que causan; los edificios que toca el rayo se abrasan muchas veces, los hombres á quienes hiere quedan negros y abrasados; y cuando no se vé en el rayo señal alguna de fuego, entonces es la violencia del golpe la que los mata, quedan destrozados sus vestidos, y no pocas veces se vé llena de agujeros la parte del cuerpo que ha herido el rayo; asimismo quebranta piedras enormes, notándose siempre estragos en el parage ó terreno en que cae. Los mismos efectos nos presenta la electricidad artificial, aunque en grado menor. Así que, todo cuanto se vé de maravilloso y funesto en estos fenómenos atmosféricos no causará la menor superstición, antes bien desaparecerá si nos familiarizamos con las leyes de la naturaleza, tan necesarias como sabiamente establecidas para el régimen del mundo físico. Las tempestades son en las manos de Dios un medio de fertilizar la tierra, por lo que deben escitarnos á pagar á nuestro Criador un tributo de reconocimiento y de adoración.

No es sin embargo infundado el miedo que tenemos á estas tormentas porque son bien conocidos los terribles efectos del rayo, y aun lo serian mas si los pueblos tuviesen la curiosidad de notarlos, luego que los esperimentan.

En prueba de ello referiremos las desgracias sucedidas en Chateau-neuf-les-Moustiers el domingo 11 de julio de 1819.

Situada esta ciudad en el vértice y al extremo de uno de los montes de los Alpes, forman estos un anfiteatro sobre Moustiers. Ademas tiene catorce casas reunidas al presbiterio de su iglesia parroquial, sobre una eminencia ocupada por los ángulos de otros dos montes, de los cuales el uno mira á Levante y el otro á Poniente. El intervalo que separa el pueblo de la montaña es tan estrecho y profundo, que su aspecto causa pavor. Ciento cincuenta habitaciones están dispersadas en aldeas, cuya población es de 300 almas.

En dicho dia Mr. Salomé, cura de Moustiers, y comisario episcopal, se dirigió á Cha-teau-neuf para instalar un nuevo rector. Serian las 10 de la mañana, cuando salieron procesionalmente de la casa curial á la iglesia. El tiempo estaba hermoso, á pesar de

que turbaban la completa transparencia de la atmósfera algunas gruesas nubes. Un jóven de 18 años cantaba la epístola en la misa que se celebraba, cuando se oyeron tres detonaciones que se sucedieron con la rapidez del rayo. El misal cayó al suelo hecho pedruzcos, y él mismo se sintió como abrasado por una llama que rodeaba su cuerpo. Entonces por un movimiento involuntario, despues de haber estado dando gritos, cerró la boca y cayó al suelo, juntamente con las demas personas que se hallaban reunidas en la iglesia. Vueltos en sí, su primera idea fué buscar al señor cura, á quien halló asfixiado y sin conocimiento. Este jóven fijó la atención sobre el respetable é infortunado pastor, y se dedicó al cuidado de aquellos, que habiendo recibido poco daño, podían prestar socorros á los demas. Se le levantó en efecto; apagóse el fuego de sus vestidos, y rociándolo con vinagre volvió en sí, como dos horas despues del paraisimo. Vomitó sangre, y aseguró no haber oído el trueno, y que nada sabía de lo que pasaba. El fluido eléctrico habia rozado fuertemente el galon de oro de su estola, y roto la silla en que estaba sentado.

Dos dias despues fué conducido á su casa en Moustiers, y sus heridas no se cicatrizaron hasta pasados dos meses. Le fué imposible reconciliar el sueño por un solo instante mientras duró este periodo. Tuvo los brazos paralizados, y sufrió mucho por las variaciones atmosféricas. Esta misma descarga eléctrica arrojó á un niño de los brazos de su madre, á seis pasos de distancia, y no se le volvió el aliento sino haciéndole respirar el aire libre. Todos tenían las piernas paralizadas. Las mugeres, todas despecinadas, ofrecían un espectáculo horrible. La iglesia se llenó de un humo negro y espeso: no se podían distinguir los objetos sino á favor de las llamas de los vestidos encendidos por el rayo. Solo ocho personas quedaron en su lugar: una niña de diez años fué llevada á su casa sin sentido, y espiró al dia siguiente, atormentada por los dolores mas agudos.

El número de muertos ascendió á nueve, y el de heridos á ochenta y dos. El primer celebrante no recibió daño alguno del rayo, sin duda porque llevaba el ornamento de seda. Todos los perros que estaban en la iglesia perecieron víctimas de la exhalación. Una muger que habitaba una cabaña del monte de Barbin vió caer sucesivamente tres masas de fuego que parecían iban á reducir el pueblo á cenizas.

Parece que el rayo hirió de repente la cruz del campanario, que vino luego á encontrarse en la hendidura de una roca á la distancia de cincuenta y tantos pies. El fuego eléctrico penetró despues en la iglesia por una brecha que hizo en la bóveda y destruyó el púlpito. Se halló en el templo una escavacion de cerca dos pies de diámetro, prolongado hasta los cimientos una caballeriza que estaba debajo, en la que se hallaron muertos cinco carneros y un asno.

Este funesto suceso y muchos otros de su género ofrecen ancho campo á la curiosidad del físico, para estudiar los maravillosos efectos del rayo. Y seria de desear que el gobierno por los medios que tiene á su disposición procurase que todos los años suministrasen los pueblos á las respectivas academias noticias tan circunstanciadas como las que van expresadas, de cuanto observasen en sus distritos sobre el particular. Esta providencia no dejaria de tener buenos resultados para adelantar los conocimientos del fluido eléctrico. Ademas de esto, el mismo pueblo enseñado así por la esperiencia, veria cuan espuesto es durante una tempestad acercarse á los lugares en que hay cuerpos metálicos, como las chimeneas, cuadros dorados, rejas, puertas, ventanas, etc., echando fuera de los tejados toda pieza de metal, particularmente si tienen punta. Físicos de gran nota aseguran, que en los cercados ó casas no protegidas por para-rayos, basta una sola pieza de hierro colocada sin tino, para que el rayo, cayendo sobre ella, determine el incendio. Por esto mismo aconsejan que interin dura la tempestad, se coloquen las personas en medio de la sala sobre muebles usados, por ejemplo sillas viejas de madera muy seca. Franklin tenia por seguro en tales circunstancias sentarse en una silla puesta sobre dos ó tres colchones doblados y colocados en medio de una sala. Parece que la situación menos espuesta es una cama sostenida con cordones de seda, á igual distancia de las cuatro paredes del techo y del piso.

Demostrado ya que los funestos efectos del rayo provienen del fluido eléctrico, no es extraño que todos los pueblos ilustrados se hayan apresurado á tener aquellos preservativos capaces de evitar tan terribles estragos. Y siendo los para-rayos el único medio conocido de conducir el rayo antes de que haga su explosión, conviene dar una idea, aunque ligera, de tan útiles aparatos, que en los Estados Unidos y en varias otras naciones se han hecho ya populares.

El para-rayos se compone de una barra metálica cuadrada, que se eleva en forma de pirámide sobre unos 20 á 27 pies de altura, que es la media, cuya base tiene de 24 á 26 líneas en cuadro, y de un conductor que descende de la barra hasta un pozo, ó bien hasta el suelo. Si la barra tiene 30 pies de altura, su base debe tener 28 líneas. Como el hierro está espuesto á oxidarse por el contacto del aire húmedo, se corta de la parte superior de la barra un trozo que tenga de largo como 20 pulgadas, y se le sustituye una varilla de latón en su estremidad, terminada por una aguja de platina de dos pulgadas de largo. Esta debe estar soldada con plata. La varilla de latón se une á la barra por medio de una clavija.

A veces para facilitar el transporte de la barra, se divide esta en dos partes que encajan perfectamente por una espiga piramidal de 7 á 8 pulgadas de longitud y una chabeta que las atraviesa, y sostiene fuertemente unidas. No obstante, debe evitarse en lo posible este inconveniente, y procurar que la barra sea de una sola pieza. A tres pulgadas del techo se suelda un embase destinado á despedir el agua de las lluvias, que corriendo á lo largo de la barra destruyera el interior del techo. Un poco encima del embase, en una longitud de dos pulgadas, la barra es cilíndrica y redonda. Para ajustarla encima del edificio, cualquiera que sea, se taladra el techo, y se fija con bridas ó estribos sólidos, sea contra un cubo ó contra el caballete del tejado, dándole toda la solidez posible. El conductor es la barra de hierro. Para impedir que el peso del guía haga sufrir al cobertizo, se fijará de nueve en nueve pies de distancia y de algunas pulgadas de elevación; al llegar á la cornisa se encorva para aplicarlo al muro, y conducirlo hasta el suelo. Aquí es donde es necesario poner mucho cuidado, por ser la perfección del conductor la que se establece entre este y el suelo de que depende toda la eficacia del para-rayos.

En el caso de encontrarse un pozo que no se seque, ó bien un terreno que agujereado hasta cierta profundidad ofrezca agua permanente, bastará hacerle llegar al conductor, dividiéndole en muchas ramas ó raias. A fin de multiplicar el contacto, se llevará el guía al pozo ó al agujero por cortes abiertos en la tierra, los que se llenarán despues con cisco de retama, y de este modo se preservará al hierro de tomarse. Si no se tiene agua será preciso buscar á lo menos un lugar húmedo, y llevarle el conductor por una larga caja, en la que se cubrirá bien con el mismo cisco. Se podrá entonces, para mayor seguridad, formar zanjas perpendiculares á la primera, mas ó menos largas, en las que se harán pasar ramificaciones del conductor.

Construido el para-rayos con todos los requisitos necesarios, veamos, aunque ligeramente, lo que ha de suceder cuando una nube tempestuosa pasa sobre él. Las electricidades naturales de la barra y del conductor se descompondrán; la del mismo nombre será repelida al suelo, en donde podrá esparcirse libremente, porque el conductor comunica perfectamente con el suelo; la del nombre contrario será atraída al vértice de la barra, y allí podrá derramarse por el aire y por el extremo de la punta. Así los dos fluidos opuestos no experimentarán obstáculo alguno en su circulación por todo el conductor, ni inconveniente en su curso, porque dirigiéndose uno al suelo y el otro al aire, es evidente que la acumulación de electricidad sobre el para-rayos será nula, y por consiguiente imposible la explosión. No solo el rayo no puede caer sobre el para-rayos, sino tampoco hacerlo á cierta distancia alrededor de él; hay una esfera de actividad que respeta el rayo; y la experiencia ha demostrado que una barra de 27 á 30 pies de largo protege á un círculo, cuyo radio á poca diferencia es doble de ella. Así pues, este fluido tan temible cuando está concentrado, se disipa fácilmente del modo que queda dicho.

La construcción de para-rayos, para almacenes y fábricas de pólvora no se diferencia esencialmente del que se acaba de describir. Solo conviene advertir que para estos es necesario poner el mayor cuidado en evitar la mas ligera solución de continuidad, y no perdonar medio á fin de establecer entre la barra y el suelo la mas íntima comunicación. El menor descuido en esta parte podría producir funestísimas consecuencias, y con el fin de precaverlas dicta la prudencia colocar la barra, no sobre los mismos edificios, sino sobre palos apartados á unos 10 ó 11 pies de ellos. En este caso, bastará dar á la barra siete á ocho pies de largo; pero al palo se le ha de dar una altura tal, que con su barra domine al edificio á lo menos sobre 15 pies.

Bueno sería que se generalizasen los para-rayos en las poblaciones grandes y pequeñas y hasta en las casas de campo, á fin de evitar las desgracias que lamentamos á cada instante. En cuanto á realizarlo en las grandes poblaciones bien claro lo manifiesta el acreditado profesor de física de la universidad de Barcelona el doctor don Pedro Vieta, en la sabia contestación que en 12 de octubre de 1828 dió al benemérito cuerpo de Ingenieros de la misma ciudad, el cual habia consultado en agosto anterior sobre la utilidad del para-rayos para los almacenes, depósitos y fábricas de pólvora; y que entre otras cosas notables dice lo siguiente:

«Sería muy útil que en las grandes poblaciones la policía urbana mandase armar de para-rayos todos los campanarios, torres, miradores elevados de algunas casas y de todos los demas puntos altos. Una orden de esta naturaleza sería digna de un gobierno ilustrado.»

M. V.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS

DE LOS BAÑOS PÚBLICOS Y DE LAS TERMAS ESPAÑOLAS.

Varios autores han escrito sobre las virtudes de los baños y de la necesidad que tuvieron los antiguos y aun tenemos los modernos de ellas, clasificándolos en baños sencillos, compuestos, locales, de vapor, de tierra, medicinales y alimenticios; remitiendo nosotros á su obra á los que deseen instruirse

sobre la parte higiénica de los baños, y concretándonos á lo que pertenece á la historia de esta costumbre que es nuestro propósito, diremos, que ya vemos mencionados los baños en Homero al hablar de la princesa Nansicaa, y que advertiremos citada tambien como aficionada á este uso de aseo y de limpieza á la hija de Faraon.

Descalzos andaban los antiguos y cubiertos con toscas telas, y por lo tanto unido esto al sentimiento natural de la limpieza, que es el que conduce á un bienestar físico, no pudieron menos de bañarse por necesidad, pasando despues de este estado de sencillez al del lujo de los perfumes y aceites. El mismo Homero nos dice que el jóven Telémaco, hijo de Ulises, fué conducido al baño por la mas jóven de las hijas de Pilos que le lavó y perfumó con preciosas esencias, vistiéndole despues ropas magnificas, y que no fué menos bien tratado por las bellas esclavas de Menelao, lo que acredita el honor que concedian los griegos á los forasteros en sus hospitalarios hogares, donde el baño era el principal y mas honroso obsequio. Si los griegos elevaron el baño á tal punto de honor, los persas les sobrepujaron en magnificencia de tal modo, que el grande Alejandro quedó admirado á la vista de la suntuosidad de los de Dario.

No pareció por largo tiempo á los romanos que satisfacía su afición al baño, el merecerse en las ondas del famoso Tiber, y deseosos de gozar con mas comodidad del placer de refrescarse, cada rico se hizo construir soberbios baños en su propia casa, y la república tuvo que satisfacer la pasión del pueblo concediéndole estos goces en magníficos baños públicos construídos al efecto. En estas casas no tardó la licencia en entronizarse hasta el punto de ser los lugares mas adecuados á la prostitucion, y los baños de Mecenas, Agripa, Neron, Tito, Vespasiano y Adriano, que fueron los mas famosos, fueron por mucho tiempo burdeles infames, sobre los que tuvo que vigilarse por las autoridades cuando quiso restablecerse la ofensa moral. Nada de cuanto tiene el lujo de mas fastuoso se perdonó para adornar los baños por los romanos, y no contento el emperador Alejandro Severo de que estuviesen abiertos solo de día, mandó que los abriesen igualmente de noche en la época de grandes calores, pagando de su bolsillo el coste del aceite que ardia en las lámparas. Empero al paso que hizo este servicio público, estableció tan severas reglas de decencia, que ni aun á los hijos se les permitía bañar en el mismo aposento de su padre, ley decorosa que cayó pronto en desuso, entronizándose de tal modo el escándalo, que hubo que dictar penas terribles para que hubiese orden y decoro en semejantes casas. El lujo de los turcos en sus baños ha competido siempre con el de los romanos y la moderna civilización los va entre nosotros haciendo cada vez mas fastuosos. La clase del pueblo que es la que por su condicion tarda mas en entrar en las modas, es la mas perezosa en bañarse particularmente en nuestra España, y sería de desear que así como en algunos pueblos antiguos se obligó por ley á que se enseñase á los niños de ambos sexos á nadar como en Esparta, y al baño, se comprendiese completamente por los directores de establecimientos de educacion y por todo padre lo saludable de esta medida para que la hiciesen practicar, y por el gobierno para que la adoptase en los establecimientos de Beneficencia que están bajo su proteccion y cuidado. La limpieza del cuerpo es uno de los principales agentes de la salud, y no es una cosa tan insignificante que no merezca se cuide con esmero de ella, máxime en los climas meridionales como el de España, en que el calor es tan sofocante en ciertos meses del año. Denominaban termas los antiguos á los edificios públicos destinados á bañarse, los cuales se componian de las piezas de que hicimos descripción en nuestro artículo del año pasado. Si los romanos los repudiaron en un principio, como hemos dicho, despues los hicieron de tal suntuosidad que los del emperador Caracalla concluidos por Eleogábalo fué el edificio mas estenso que de este género se conoció en la antigüedad, si bien los últimos construídos por Aureliano y Diocleciano sobrepujaron en lujo á todos los de sus antecesores. Segun Publio Victor llegó á tener Roma 836 casas de baños de consideración, en los que se contaban á cientos las bellas estatuas, y en los que los ricos mármoles y pórfidos se ostentaron con profusion como se conoce todavia en las respetables ruinas de muchos de ellos. En toda la Italia y demas países en que imperaron los romanos, se ven restos de su grandeza que declaran la afición que tuvieron á bañarse; pero mas pequeños entodo que aquellos los pueblos modernos, no han imitado su magnificencia, y así es que solo la ciudad de Florencia posee baños públicos dignos de ser imitados por la comodidad y seguridad que ofrecen.

La superstición religiosa y política por una parte, y la pureza y la desidia por otra, hizo olvidar en los siglos medios y aun en los modernos, la costumbre saludable de bañarse, fundándose los fanáticos religiosos en que los baños son un goce impropio del penitente consagrado á la oracion, como si la limpieza del cuerpo estorbaba á la del alma, y los políticos en que debilitan el cuerpo del guerrero para los ejercicios del valor en los que se dedican al servicio y defensa de la patria. De tales absurdos salieron los ridículos decretos que anatematizaron los baños y concluyeron con nuestras termas en España, mandadas destruir por Alfonso VI como dijimos en nuestro primer artículo ya citado y probamos en nuestro *Manual del bañista*, ó

sea descripción del real sitio de la Isabela, llamada vulgarmente de Sacedon que publicamos en 8.º el año de 1846. Mas ilustrados despues nuestros reyes y gobiernos, enmendaron el yerro é ignorancia de aquellos restableciendo las termas, y tomándose la medicina bajo su inspeccion, la humanidad tuvo un nuevo consuelo, y un poderoso y eficaz remedio para atacar multitud de dolencias y defender la vida.

Imposible parece que cuando los ilustrados árabes españoles le hicieran conocer á los naturales, por medio de sus sábios médicos, los bienes que reportaban los baños, y cuando ya dejándolo consignado en sus importantes obras ó haciéndoselo ver á los cristianos prácticamente, pues que árabes fueron los médicos de la península, para fieles é infieles durante su dominación de siete siglos, imposible parece, repetimos, que, conocidas las ventajas, no se siguiese la costumbre de bañarse por los españoles; pero no debe estrañarnos si atendemos á que fué tal el fanatismo de la época, y á que se miró con tal encono á los musulmanes, que ni aun la salud se quiso por sus indicados remedios, bastando que una cosa hubiera sido practicada por ellos para que se tuviese por hereje al que la siguiese. He aquí por qué creídos los baños abluciones musulmanas, se abolieron y miraron con honor por mucho tiempo hasta el punto de tenerlas que borrar del recetario los médicos de aquella época. ¡El fanatismo religioso es el peor mal que puede caer sobre un pueblo civilizado! ¡Cuántas víctimas se hubieran podido arrancar á la muerte con solo una inmersión en el agua á tiempo! Pero todo debia ceder al fanatismo, y la salud pública fué sacrificada á la mas grosera y estúpida superstición, entronizándose al propio tiempo la suciedad sobre la limpieza como si gustase Dios mas de que se presentasen los hombres á su presencia inmundos y asquerosos en el exterior, que limpios y aseados, siendo así que exige de nosotros todo lo contrario.

Suponen los físicos, que el interior del globo se compone de materias metálicas en continua fusion por la acción del calor: admitiendo esta hipótesis se explica fácilmente la formación de los volcanes por los fuegos subterráneos que encuentran materias combustibles, y los temblores de tierra ocasionados por la condensación de los vapores de los cuerpos que se queman bajo la superficie del globo, así como tambien la calorificación y mineralización de las aguas termales que toman su actividad al pasar por el hogar interior. Puede deducirse de esta doctrina, que una fuente de agua termal indica que el terreno de donde procede es volcánico, lo que se halla suficientemente confirmado en los temblores de tierra que suele haber de tiempo en tiempo en los sitios en que hay aguas minerales. Hallándose aguas minerales desde 9 á 83 grados de temperatura, las hay frias y calientes, y como los romanos llamasen termas á todos los baños calientes, he aquí por qué ha quedado y se da este nombre á todos los cauces ó fuentes que producen agua caliente. Las aguas termales se componen de porción de sustancias y se dividen por los físicos en las cuatro clases siguientes: Sulfurosas, ferruginosas, gaseosas y salitrosas. De estas las mas abundantes son las segundas que se hallan en todos los países, si bien las demas no escasean tampoco en Europa, aunque es cierto que no se presentan tan comunmente como las espresadas. Las aguas minerales se aplican por la medicina ya en baño, ya en bebida, y como sus propiedades influyen poderosamente sobre las afecciones del cuerpo humano, no deben usarse sin consultar á los profesores de medicina sobre dolencias á que se traten aplicar, ó al menos las obras que en cada país se han escrito sobre las escelencias, virtudes, composición y enfermedades que causan las aguas minerales que poseen, á las cuales, relativamente á nuestra España en particular, remitimos al que desee instruirse sobre este punto.

Quando la moda no impera en las cosas, estas por mas buenas que sean se hallan desatendidas, perdiendo hasta las costumbres mucho de su vigor, si tan soberbia reina las desdén y no las protege. A pesar de la costumbre de bañarse que tuvieron los antiguos, y no obstante ser España un país calido en que es una necesidad el baño, fué moda el no bañarse, y hasta la salud se sacrificó largo tiempo á la moda que se unió separa de las costumbres conforme cuadra á su caprichoso carácter. Anduvieron los tiempos, y la moda se fatigó de estar siempre en seco, y deseando bañarse arastró tras sí á todo el mundo hacia las termas y hacia los rios y lagunas. Antes nadie se bañaba ni aun por remedio, hoy no hace falta que lo mande el médico, pues que todos desean bañarse y se bañan por placer; antes la medicina curaba sin sumergir en el agua á los pacientes, hoy no sabe curar ciertos males sin este agente. *¿Con tan varia?* la moda, solo la moda es la causa, y al ver su colosal poder que todo lo avasalla, no hay por qué estrañar que se la haya llamado la reina del mundo. A impulso de esta volvieron los españoles á recordar los baños; y buscando las antiguas y descuidadas termas, reedificaron sus destruídos edificios, y empezó la nueva era de la costumbre de bañarse que volvió á introducirse muy lentamente en la península, y que aun no se ha generalizado del todo. Los profesores de la ciencia de curar contribuyeron y contribuyen á propagar tan saludable uso, aplicando por medicina los baños en muchas enfermedades, que efectivamente son felizmente combatidas por las aguas desde que las volvieron á admitir en sus recetarios.

En las primeras clases de la sociedad la costumbre

de bañarse ya entrando en la eduración desde la infancia, y así es que bañan á los niños aun hallándose en la lactancia para que la adquieran, y acogiendo la moda con entusiasmo, se ven cruzarse por todos los caminos las diligencias y carruages llenos de gentes que emigran por gusto de sus países y moradas habituales, para renuirse en las termas públicas en alegres y festivas caravanas. Las poblaciones grandes de España sufren en el verano una baja extraordinaria, al paso que los lugares de las termas se ocupa, con lo mas lucido de la Península, y como el estío es el alma del campo por decirlo así, parece que la vida se aumenta, y adquiere mas brío en esta estación á las orillas de los rios y en el centro de las alamedas que en medio de la corte y de las ciudades, para las que es la vida el crudo invierno, estación que las reanima, porque en ellas hay mayores goces y comodidad; de este modo compensa á todos la naturaleza siempre próspera y maternal.

El pueblo hasta en su ínfima clase goza tambien de los beneficios de las termas en España, pues que en todas ellas hay lugares destinados para el pobre, que por lo comun son los mas espaciosos, y como la caridad es con razon, un proverbio entre nosotros, hasta hay asociaciones benéficas como el santo Refugio de Madrid, que les paga, no solo el viage de ida y vuelta á los baños, si que tambien su estancia en ellos, siendo muy comun el que los pobres vuelvan de las termas con salud y con dinero; debido todo á la munificencia de sus compatriotas.

Todos los rios de España se convierten en baños de placer en el estío, y no vemos lejano el tiempo en que

nafragios que sucedian al pasaje de este rápido rio, habiendo hecho desear con ardor á los habitantes del país que se pudiese edificar un puente en este pasaje, se apareció un angel á un pastor y le mandó suspender ese trabajo, y levantar una capilla; el pastor anunció la mision que habia recibido de Dios y ayudado de las limosnas de los fieles dió principio á la obra.

Los habitantes de la ciudad del Espíritu Santo del Puerto, llamado así á causa del pasaje que habia en este puente sobre el Ródano, se asociaron para la construcción de un puente, bajo el nombre del Espíritu Santo. Sus recursos consistian menos en sus riquezas que en las abundantes contribuciones y las limosnas voluntarias que esperaban obtener de todos los países circunvecinos, interesados como ellos en el buen éxito de esta grande obra.

Las cantidades recogidas fueron empleadas en materiales, y se dispuso todo para fabricar los cimientos del puente. Entouces vino don Juan de Tyanges, prior del monasterio de San Saturnino del Puerto y señor de la ciudad en compañía del rey, el cual se opuso á esta construcción bajo pretexto de que era perjudicial á los derechos del convento. Sin embargo, habiéndose allanado por el senescal de Beaucaire todo género de dificultades, el prior de Tyanges pasó solemnemente al sitio, y puso el mismo la primera piedra el 21 de setiembre de 1263. Desde este dia se continuó el trabajo sin interrupcion por espacio de 43 años consecutivos.

Casi todos los habitantes de San Saturnino y cofradías enteras de religiosos, lo mismo que se practicaba entouces en toda Europa, tomaron parte en esta gran-

cada fanega de sal que trajese el Ródano, lo que venia á hacer un producto de ocho á diez mil libras por año.

Terminaremos diciendo, que numerosos accidentes han sido todavía para el puente del Espíritu Santo una causa de deplorable celebridad.

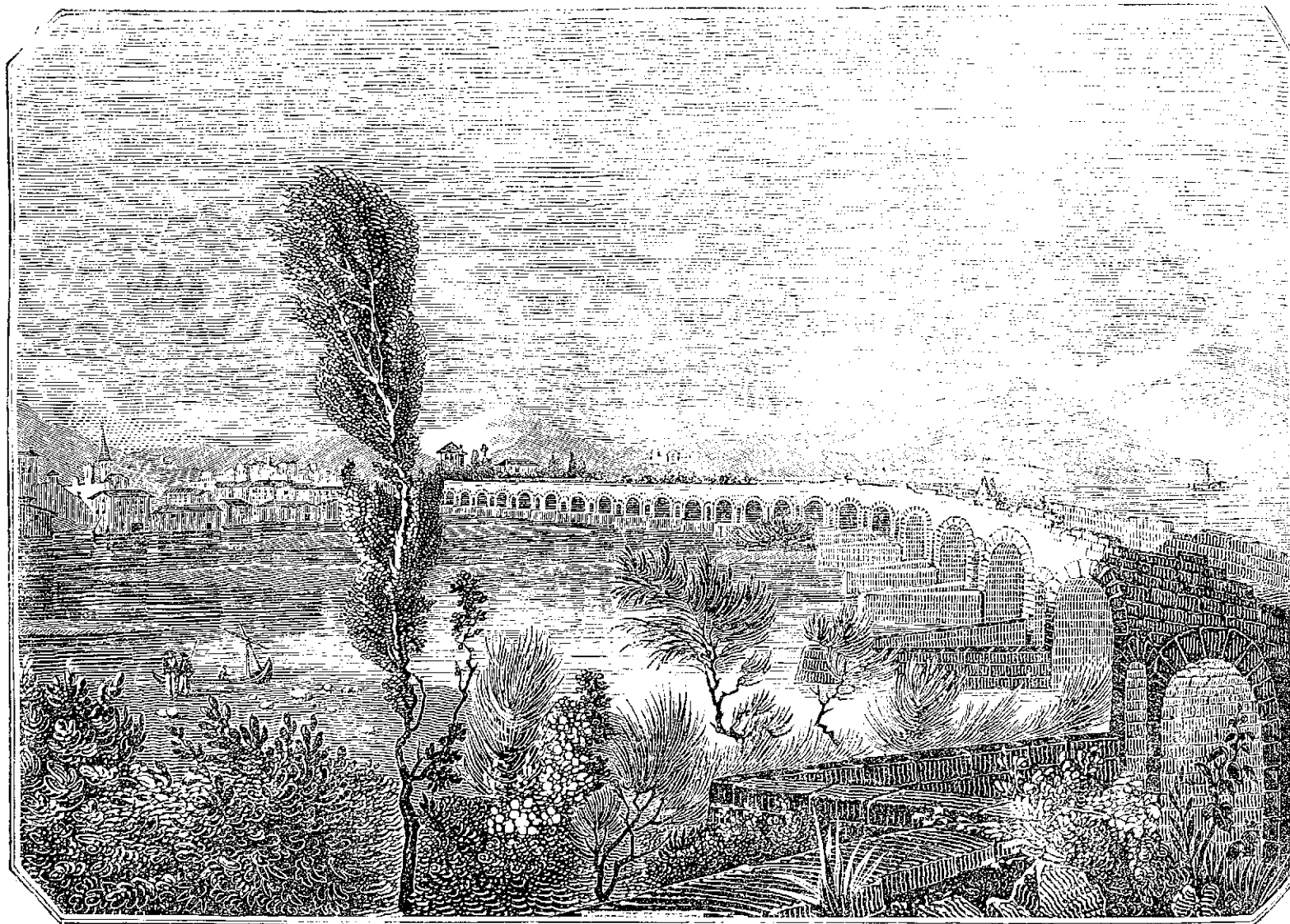
HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

POR DON MODESTO LAFUENTE.

TOMO PRIMERO.—MADRID, 1850.—EDITOR, MELLADO.

Artículo 2.º

No hay duda que los reyes católicos no tuvieron el pensamiento de hacer de la Inquisicion un tribunal de esterminio; pero así debia suceder, y así sucede cuando se sobreponen á las leyes instituciones de poder ilimitado que, como nuestros estados de sitio, son un manantial fecundo y perenne de abusos, y afrenta de la legislación. Algunos puntos de contacto podríamos establecer entre aquel tribunal odioso é impio, y esta violenta y terrible ficción de nuestros dias, saliendo quizá en el paralelo perjudicada la ilustración moderna, que no se ofende de ver repetidos á la luz del dia, y con pública conrurrencia, los inapelables juicios que el tribunal de Torquemada, Carranza y otros, celebraban en secreto, y á la pábala



Puente del Espíritu Santo, sobre el Ródano.

se construya en cada casa una pieza de baño como en los edificios antiguos, puesto que lo que ha sido moda va siendo y llegará á ser del todo una necesidad: así se hace ya en las casas de las personas acomodadas, y así lo indican la multitud de baños de placer que se construyen en Madrid y en todas las ciudades de España.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

EL PUENTE DEL ESPÍRITU SANTO EN EL RÓDANO.

El origen del puente del Espíritu Santo colocado sobre el Ródano, se pierde en las antiguas leyendas y crónicas. Se lee en varios autores que los frecuentes

de obra. En 1284, se estableció una sociedad de hermanos *donados* y de hermanas *donadas*, para los cuales instituyeron reglamentos y un hábito especial. Los primeros se empleaban en construir el puente, en la cobranza de toda la cristiandad, y las segundas cuidaban de los trabajadores y de los enfermos.

A fines de 1309, bajo el reinado de Felipe el Hermoso fué cuando terminó el puente del Espíritu Santo. Para demostrar el interés que tomaba en este acontecimiento este príncipe exceptuó á estos lugares de la jurisdicción de la principal iglesia de San Saturnino, y dispuso que las limosnas de los fieles se empleasen en el sostenimiento del puente, y en el servicio de la capilla y del hospital que se habia edificado cerca de allí. Concedió además á los rectores del puente un derecho llamado el *pequeño flanco* que consistia en el aumento de cinco dineros torneses por

luz de unas bugias, temiendo sin duda ofender á la humanidad, que, en nombre de un Dios de paz y amor, ultrajaban.

Pero pasemos estas páginas dolorosas, y detengámonos en otras que nos horren tan tristes impresiones.

«Habia un mundo que nadie conocia, y un hombre que si no le habia adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto, y en su corazon la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el mas grande pensamiento que jamas habia concebido ingenio humano. Por lo mismo, los príncipes y soberanos de Europa le habian desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario merecedor solo de compasión. Solo hay una potestad en la tierra que se atreve

prohijar el proyecto de Colon. Es la reina Isabel de Castilla. Colon merecia descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera. Isabel merecia el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colon á brindarle con él. Merecianse mutuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la magestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.»

Este suceso hizo de «España la mayor potencia del Océano.» Pero ¡ay! ¡Cuántas lágrimas habian de costarla mas adelante las incalculables riquezas que conquistó! ¡Cuánta pobreza habian de legarnos despues las inagotables minas del Potosí, y las naos de Acapulco, preñadas de oro!

Colon, cuya inspirada inteligencia fortalecia su constante fe, surca desconocidos mares para buscar tierras conocidas, para descubrir el paso de la India, para admirar al preste Juan, y encuentra una isla desconocida, y descubre un mundo nuevo, donde habia emperadores de mas inmenso poder y riquezas que el preste Juan. La España llega entonces al apogeo de su gloria. ¡Qué desgracia que tan rica herencia fuese á parar á manos de un guerrero que se cuidaba mas de cubrir su frente con laureles, que de alentar la ilustracion española!

«El reinado de los Reyes Católicos, dice Lafuente, todo español, y el mas glorioso que ha tenido España, es la transicion de la edad media que se disuelve, á la edad moderna, que se inaugura. Carlos V encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.»

«Confesemos que el reinado de Carlos V nos admira, pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hechos, nos entusiasman solo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres, para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magnificas expediciones, y por el brillo aparente de las conquistas. Querriamos mas gobernadores prudentes, que revolvedores del mundo. Las empresas gigantes llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes manobras.»

En efecto, Carlos V es una figura colosal, cuyo brillo deslumbraba; pero á su lado se presenta otra tambien grande, la de Francisco I. Ambos eran dignos enemigos uno de otro. Veamos el juicio que de ellos hace nuestro historiador, y el pequeño paralelo entre Napoleón y Carlos, con que termina el primer párrafo.

«Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Carlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no habia para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador alemán del siglo XVI anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con mas desigual fortuna en los azares de la guerra, sucedióle en la espontaneidad del retiro, cuando conoció que su estrella se eclipsaba.»

«Necesitando ambos de alianzas, era en esto Carlos mas político y mas mañoso que Francisco; escrupuloso, ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habian pasado. Carlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseia la política de gabinete. Descubriase en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevacion, que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Carlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador, sin la oposicion del monarca francés, hubiera podido dominar la Europa, y aun así lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés sin la oposicion del emperador, probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: *todo se ha perdido menos el honor*, parece que añadió, aunque entonces no se dijo: *y la vida, que se ha salvado*: y cuando libre de la prision de Madrid, pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho, exclamando: *ya soy otra vez rey de Francia*. Carlos recibió por lo menos con apariencias de fria serenidad y circunspeccion la noticia de la victoria de Pavia, como aquel á quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.»

«Pero si es este el modo de escribir la historia, si nos llama justamente la atencion tan magnifico paralelo, no es menos notable el siguiente que precede al retrato de Felipe II, para completar el exacto conocimiento de un personaje que han presentado todas las historias, desacordes entre sí, de una manera misteriosa. Solo los extranjeros nos han dado alguna idea mas verdadera sobre el fundador del Escorial; pero ninguno nos le dá á conocer con la exactitud que Lafuente; porque ninguno ha tenido á la vista documentos tan notables é inéditos hallados en los rincones de los archivos, ni ha habido tampoco quien hiciera tan pro-

fundo estudio de aquel monarca, tan difícil de comprender por las heterogéneas cualidades que poseia. Grande y despreocupado para unos, supersticioso para otros, cada uno le ha juzgado segun la impresion que le causaban sus actos: ¡craso error! De él ha huído Lafuente, y ha rectificado á veces sus juicios, hijos de profundas meditaciones, á consecuencia ya de una enmienda hecha de puño y letra de Felipe en un importante documento, ya de una idea estampada ingenuamente en el seno de la amistad y de la confianza. Este es el gran trabajo del historiador: buscar al personaje no solo en los actos públicos, sino en los privados: leer su corazón cuando habla al reino, y cuando lo hace como consigo mismo; porque pocas veces es el mismo hombre el que se ve en el solio, y luego en su gabinete; porque es difícil conocer al creador de la octava maravilla, y al que se ocupa en colocar su nombre de modo que suene mejor la redaccion de una horrible sentencia de muerte. Este es Felipe II: escollo de cuantos historiadores han precedido al señor Lafuente. Oigámosle.

«Entre el padre y el hijo absorben casi todo el siglo XVI; pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Así, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco, y educado en Flandes el uno, habia desagrado á los españoles porque no hablaba su idioma; español, y criado en España el otro, habia disgustado á los flamencos porque no conocia su lengua. Carlos, flamenco, tenia la vivacidad española; Felipe, español, tenia la fria calma de un flamenco. Parecia que habian equivocado la patria. Carlos era expansivo, y cosmopolita; Felipe sombrío, y político de gabinete. Aquel, infatigable en el ejercicio del cuerpo, habia querido gobernar el mundo hallándose en todas partes; este, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á regir la Europa desde el rincón de un monasterio. Aquel dictaba leyes á cada pais en su propio territorio; este se las imponia desde su bufete. El padre hacia temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Carlos asistia á todas las Asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones á sus embajadores, era el jefe de los diplomáticos, y sabia mas que ellos.»

«Era Felipe II el demonio del Mediodía, como le nombraban entonces los extranjeros, ó era el rey santo, el hombre religioso, el que libertó la iglesia de la herejía, y salvó de la anarquía los estados? ¿Fue el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, ó fue el gran político que comprendió su siglo, y dió á España engrandecimiento y gloria?

«Personaje tan ensalzado como deprimido, cada cual le ha colmado de elogios ó de inyectivas, segun sus ideas ó sus pasiones.

«Por nuestra parte hemos creído descubrir en Felipe II las prendas de un gran político; pero tambien las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetracion para el conocimiento de los hombres, y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y espedito para el despacho de los negocios, tan atento á los asuntos de grave interés como cuidadoso de los mas menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos, y no escrupuloso en los medios de ejecucion, indiferente á los placeres que disipan la atencion, y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frio á la compasion, desdeñoso á la lisonja, é inaccesible á la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar á los demas, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor, y lacturno como un cartujo, este hombre no podia ser dominado por nadie y tenia que dominar á todos: tenia que ser un rey absoluto.»

«El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se extendian por las regiones de ambos mundos; que lo leia todo y lo decretaba todo por su mano, ó lo anotaba y corregia de su puño; el que sabia las intrigas y manejos de las cortes extranjeras antes que le informaran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibia al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabia las circunstancias y los medios de cada uno de los gefes de la insurreccion de Flandes, las propiedades de cada aspirante á la corona de Francia, la índole de cada pretendiente á la mano de la reina de Inglaterra, el carácter de cada cardenal, y las opiniones de los que influian con el Papa, ó habian de asistir al concilio; el que conocia de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban á pedir un empleo; el que sin asistir á los consejos sabia cuanto en ellos pasaba, y no asistia con el fin de que su presencia no impidiera á cada cual manifestar libremente sus pasiones; el que sabia dividir para reinar, y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentia con genio, con propension y con capacidad para ello.»

«Así las cortes que el padre habia reducido á simple fórmula, las redujo el hijo á peor condicion que la nulidad; y las libertades que Carlos estinguíó en Villalar con Padilla, acabó de ahogarlas Felipe en Aragon con Lanuza.»

«Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstara al acrecimiento ó conservacion del poder, quiso estinguir la herejía que agitaba la Europa ayudando á los católicos contra los reformados y hereges, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia religiosa para someterlos despues á la autoridad política. Hízose el defensor nato de la iglesia romana, y empezó ganándose al Papa con blandura; pero si el Papa se oponia á sus planes políticos, tratábase con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el gefe de la iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguia á los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las escamuniones. Veneraba á los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban á su poder, los mandaba ahorcar.»

«Si no hubiera hallado la inquisicion, la hubiera inventado él: pero se le habia anticipado en mas de medio siglo. La halló establecida, y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábase servirse de los inquisidores, pero dominándolos.»

«No reparaba en reducir á prision al mismo que habia sido el mas activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenia para hacer la conquista del Portugal: entonces volvia á confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba á un hombre inteligente y laborioso á los altos puestos de presidente del consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caída de su gracia, aunque el pesar le acabara la vida. Así murió Espinosa. Y don Juan de Austria, el hijo ilegítimo de Carlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la mas noble, la mas bella figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias y paises para su hermano, pero no puede ganar para sí un quitate de carino en su corazón. Felipe II no consentia verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.»

«No era imposible, pero lo parecia en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecucion de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «Puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hácia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la mas espantosa miseria y desamparo. «Sobre esto, le dijo, ya proveeré, y os avisaré de ello.» No le corria prisa hacer el bien que le pedia con urgencia el hombre que pasaba por el mas duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que habia otro en cuyo cotejo podia pasar por blando de corazón. La noticia del desastre de la invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que habia enviado la escuadra á luchar con los hombres, y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló, y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada, no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabia por qué.

«Mas donde ha quedado perpetuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta magestuosa y severa al pié de una cadena de centenarias montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento Norte presagiaba. «¿Cómo habia de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito, de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicó á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representara la forma de las parillas en que fué quemado el Santo; singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole á un tiempo para vivienda de monges y para alcázar de reyes: y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regia de San Gerónimo, representan el gusto del monarca, y el espíritu de la época.»

«Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Carlos V, ni en su consejo, ni en su corte predominaban extranjeros. Si Carlos V hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana; si la hubiera dominado Felipe II, la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España; y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trages. Paris mismo se asemeja á Madrid, y toma-

ha de los españoles hasta las extravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV pudiera llamar á Madrid la corte francesa de España, habia llamado Felipe II á la corte de Francia, *mi bella ciudad de Paris.*»

La precision, la espontaneidad, y esa difícil facilidad con que corre la pluma docta del señor Lafuente en tan brillantes rasgos, evidencian el mérito relevante del trabajo que con tanto acierto ha comenzado, y al que ningun otro se ha atrevido.

Ya hemos dicho que nada mas difícil de retratar que Felipe II y su época; y sin embargo, ¿qué lector, aun sin el menor conocimiento de aquel rey y de su siglo, no le comprendo perfectamente despues de mirar un cuadro tan completo y acabado?

Ni el dibujo puede ser mas correcto, ni el colorido mas exacto. Y si elevado se muestra Lafuente en pintar situaciones políticas, no está menos eminente en esta incomparable descripción donde nos da á conocer nuestros literatos y el estado de las letras, valiéndose de bellísimas y floridas imágenes.

«No es menos sorprendente, dice, que tantos ingenios cultivaran las letras en medio de la agitación de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecía que del choque de las lanzas y de los escudos salían chispas de inspiración para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI, y aun antes de él, produjo la España. El cronista Perez de Guzman se encontró como soldado en el combate de la Higuera. Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte; Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Velez, y hace tiernas elegias: Bernal Díaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se encuentra en diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscán pelea por su país y alimenta en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V, hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Carlos V en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Tunes, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la invencible armada, y escribe tantas comedias, que nadie ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos de Arauco, y combatiendo, escribe la Araucana: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra, el cautivo en Argel, escribe comedias y novelas originales, y asombra al mundo con su Quijote. No se podía decir aquello de *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodela.

«La historia literaria de España en aquellos siglos representáanos los tres periodos de un largo día. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI y XII, va siempre derramando mas luz hasta el XV, para alumbrar en pleno día en el XVI, y entrar en el crepúsculo de declinación en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este día, sino supiésemos que las letras, como el sol, vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII para bañarle en el XIX con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfecto de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.»

Todo el discurso preliminar era preciso presentar aquí para conocer todas las innumerables bellezas que encierra: para comprender el concienzudo trabajo del señor Lafuente. Muestras comprobantes hemos presentado; pero si aun faltasen algunas de esas que seducen por su estilo y convenceen por su lógica, donde se vé todo el encanto de la poesía al lado de la elegante y enérgica sencillez histórica, y en cuyas comparaciones se revela la rica imaginación del autor, trascribiremos para terminar la siguiente en que habla de Felipe V y de Felipe II, del Escorial y de la Granja.

«Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V, nuevo Versailles construido al pié de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbon, si bien no muy compatible con los ahorros del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de

dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reindaos que los dividen.»

Es cierto que en el discurso preliminar ha podido su autor hacer ostentosa gala de bellezas que no tendrá siempre á su disposición en el curso de la obra, pues que ha recorrido el campo de la historia escogiendo sus galanas flores, y tiene luego que ir despacio detenido por abrojos y malezas.

No irá el historiador entonces derramando flores de continuo; pero siempre le veremos instruyendo y deleitando. Quien en los pensamientos y en su expresión se ha remontado á tanta altura, quien en ese discurso preliminar, digno de los honores de una impresión especial estereotipa por digno de que ande en manos de todos, quien en esa historia elegantemente reasumida de nuestra patria, ha probado que tanto la ha estudiado y conoce, no puede dejar de tratarla con la conciencia de que ofrece tan convincente testimonio, con la profundidad que revela esa introducción que tan bien prepara la lectura de la obra, con la imparcialidad que descubre, con el buen sentido, con el sano criterio, con la razón ilustrada, con la erudición amena, con la profunda crítica de que cada párrafo de ese precioso resumen de la Historia de España está siendo testigo irrecusable. Sin esto, sin los años consagrados por don Modesto Lafuente á dotar á su país de una historia digna de la época, sin el crédito de que ya gozaba en el mundo literario, ni sería admisible la duda del acertado desempeño de su gigantesca empresa. Quien en estos tiempos de positivismo renuncia á crecidas utilidades, producto de fáciles y aplaudidas tareas, y se dedica á un estudio tan árido, tan penoso, tan costoso y erizado de tantos obstáculos como el de los sucesos que ha pasado España desde la mas remota antigüedad, y no desmaya en medio de dificultades sin cuento, fija siempre en el patriótico pensamiento de dar al país una historia que, escrita libremente, le vindique entre propios y extranjeros de la grave falta en que se halla en este punto importante, y llene dignamente un vacío inmenso, que era ya honra del siglo desapareciese, no puede menos de desempeñar su misión como intenta, porque la fe, el entusiasmo, el ardor y la constancia, son preciosos elementos para un trabajo de esta naturaleza.

Diez capítulos del 1.º y 2.º libro nos presenta ya en el primer tomo, y su examen será objeto de nuestro 3.º y último artículo.

A. PIRALA

CAUSA FORMADA EN 1841

CONTRA EL BRIGADIER

DON GREGORIO QUIROGA Y FRIAS

á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre de 1841.

(Conclusion.)

Larga, mesurada y estensa, llena de todas las consideraciones y razonamientos jurídicos y legales que el caso requería, con abundante copia de reflexiones y de argumentos bastantes á demostrar la ninguna culpabilidad que del proceso resultaba contra el brigadier Quiroga, fué la defensa leida despues de la acusación fiscal por el brigadier don José Maria LaViña: y nadie en verdad, al escuchar su lectura, hubiera podido adivinar, ni aun sospechar siquiera el triste resultado de este proceso.

Despues de alegrarse en ella, con todo el respeto y la consideración debida al tribunal, la absoluta incompetencia de éste para conocer del hecho que ante él se ventilaba, demostrándolo así con los artículos mismos de las ordenanzas militares, y de la ley de 17 de abril de 1821, que tratan de los procedimientos criminales en los casos de sedición, entró el defensor á referir lisa y llanamente los hechos, deduciendo de ellos las únicas consecuencias posibles para graduar la mayor ó menor culpabilidad de su defendido.

Hizo observar por lo pronto que nada tenia de extraño ni de vituperable el hecho confesado por el brigadier de haberse dirigido á palacio la noche del 7.º Hevado de la curiosidad de saber lo que en efecto ocurría, cuando se le dijo que se notaba un movimiento y trastorno que venia de aquella parte. «Si en el momento en que Quiroga marchó á palacio, dice su defensor, hubieran sido conocidas del público la índole y designio de aquel acontecimiento, podría muy bien decirse que lo habia guiado una siniestra intención; pero cuando los datos, las circunstancias, el espíritu de cuanto se hacia, eran de todo punto desconocidos, natural era querer saber la situación de las cosas; y de parte del acusado no hubo mas que una curiosidad imprudente é indiscreta, si se quiere, mas no culpable.... Pero demos un paso mas, y entremos de lleno en las declaraciones. Esquisito ha sido el cuidado con que se les ha preguntado á todos los testigos si vieron al brigadier Quiroga, si saben que estuviera en combinaciones anteriores, si tomó el mando de alguna fuerza, si obró de una manera hostil, y cuantas circunstancias pudieran llevar á la descada averiguación. En la causa no hay otros elementos que el dicho de estos testigos; y va á verse bien pronto si en él puede fun-

darse ni aun la mas ligera ó inverosímil presunción.»

El defensor enumera uno por uno á todos los testigos que hemos citado en el número anterior, y hace observar como todos declaran *unánimemente* que no conocen al brigadier Quiroga, ni pueden decir cosa alguna respecto á los estremos que se les preguntaban. Argumento, que aunque parece negativo, debe considerarse como muy positivo, porque si Quiroga hubiera estado de acuerdo con los sublevados, todos ellos debían conocerle, y aun sin esto, si hubiese estado mandando, como no podía menos de mandar segun su graduación, su nombre hubiera corrido de boca en boca, y no hubieran podido menos de saber quien era todos los que hasta entonces no le conocían; porque no es ni siquiera imaginable que los oficiales se hubieran sometido á las órdenes de una persona desconocida como no puede admitirse nunca que Quiroga mandara ignorando todo el mundo su persona y su graduación tanto mas, cuanto que Quiroga, segun resulta probado por las declaraciones de los carreteros, iba vestido de paisano: circunstancia que hacia doblemente precisa la revelación de su nombre, carácter y categoría militar.

Prueba asimismo su inculpabilidad con la declaración del general don Diego Leon, el cual habia manifestado que antes de aquella noche «ni Quiroga se le presentó, ni él lo buscó, ni tenia otro antecedente de su persona que el de haberlo visto en palacio,» y con las de los guardias alabarderos y otros muchos testigos no complicados en la sublevación, cuyas declaraciones no podían reputarse sospechosas; no deteniéndose mucho en combatir la fuerza de las declaraciones de las señoritas Machin y Fidalgo, porque no solo no convenian con las de su defendido las señas del sujeto que acompañaba al marqués de Povar, á quien oíeron nombrar Quiroga, sino que en las diligencias de careo habian manifestado que no era aquel ninguno de los dos sujetos á quienes vieron en la citada noche.

Enumerando los cargos que dirigía el fiscal á su defendido por los indicios que contra él resultaban hace ver que ni lo es el haber detenido dos dias su viaje á la Coruña para arreglar una porción de asuntos ni tampoco el haber estado en palacio la noche del 7.º esplicados los motivos y circunstancias de este hecho. Pasando despues al cargo que se le dirige por su fuga dice lo siguiente. «La manera con que el acusado se escondió y marchó podrá aparecer á primera vista extraña: pero el defensor está autorizado y aun encargado de decir que no fué el temor del peligro ni del castigo, cualquiera que fuese su desenlace, el que pudo determinar al acusado á evadirse de un modo tan extraordinario. Un brigadier cuya hoja de servicios es honrosa, y que al frente del enemigo ha manifestado mas de una vez una intrepidez serena, no podia amilanarse á vista de un riesgo, cualquiera que fuese su magnitud. Pero el militar que no teme la muerte, teme el deshonor y la vergüenza, porque este es uno de los principales resortes del valor militar. El acusado se veia en la triste alternativa de ser encontrado entre los rebeldes, de representar á la vista del público este papel de baldon y de afrenta, ó de fugarse; y aquí el único temor que se imprimió en su alma, para decidirle por cualquier medio de ocultación.»

Insistiendo el defensor en que la simple fuga no constituye cargo alguno, segun los sanos principios de legislación, en que no puede juzgarse de las intenciones del procesado, como lo hace el fiscal en su acusación, y en que no bastan los indicios para imponer penas con arreglo á nuestras leyes, que exigen para ello pruebas claras como la luz, en que no haya duda concluye pidiendo al consejo la libre absolución del brigadier Quiroga.

Leyóse despues la defensa del conde de Requena por el coronel comandante del cuerpo de veteranos de Madrid y sitios reales, don José de Basterra; terminada la cual sufrió el mismo señor conde un corto interrogatorio del presidente del consejo: y concluido este, compareció ante el mismo el testigo don Rosa Fidalgo, conducida de la mano por el señor brigadier LaViña.

El señor fiscal le tomó juramento de decir verdad por Dios y la santa Cruz; y prestado que fué, y habiendo tomado asiento dicha señora en una silla colocada á la izquierda de la del acusado, se le leyó por el señor fiscal la declaración que tenia dada en esta causa. Acabado continuó le dijo:

El señor presidente: Señora, el consejo por mi órgano, tiene que dirigir á vd. algunas preguntas. Por su clase, educación y principios, no ignora vd. la obligación que se contrae cuando se presta juramento de decir verdad, y toda la verdad. Sin embargo, el consejo quiere poner en conocimiento de vd. la pena que la ley impone á los que faltan á su juramento.

El señor auditor Avocilla leyó el artículo 62, título 10, tratado 8.º de la ordenanza del ejército, que dice así: «El que sirviese de testigo falso en causas sobre delitos que merezcan la pena capital, sufrirá la pena de ser pasado por las armas. Y en caso de que el delito no fuese capital, se le impondrá otra pena menos grave, etc.»

La testigo (con entereza): En nada he faltado á mi juramento; me atengo á lo que he dicho en la declaración que se acaba de leer.

El señor presidente: El consejo lo ha oido. Comparece el acusado don Gregorio Quiroga y Frias con el uniforme de brigadier de estado mayor, y toma asiento en la silla que le estaba destinada. (Mue-

imiento de curiosidad en el público. Grande atención.

El señor presidente: Señor brigadier Quiroga, el consejo está dispuesto ante todo á oír á V. S., si tiene algunas razones que manifestar en descargo del delito de que es acusado.

El acusado: Nada tengo que manifestar mas que lo que ha dicho mi defensor.

El señor presidente: El consejo, sin embargo, instruido de las respuestas que ha dado V. S. en su confesion con cargos, tiene algunas preguntas que hacerle. Tiene V. S. declarado que salió primeramente de palacio con ánimo de evadirse del tumulto, y se dirigió á la calle de Santiago. En tal conflicto, un hombre dotado de los conocimientos de V. S., ya que en el principio olvidó su deber, una vez fuera de palacio, debió creer imprescindible presentarse á la autoridad de que dependía. Sin embargo, consta en la declaración que V. S. tiene prestada, que retrocedió otra vez y volvió á palacio. Desearía el consejo oír de boca de V. S., por qué no quiso presentarse á las tropas leales, y procuró meterse en alguna casa, cumpliendo con su deber, y nunca volver al sitio de que felizmente acababa de evadirse.

El acusado: Creí que mi persona podia peligrar si seguía adelante, y por eso me retiré otra vez á palacio.

El presidente: ¿A qué hora salió V. S. de palacio, con dirección al campo del Moro?

El acusado: En aquel momento no sé que hora sería: pero me parece que sobre la una y media ó las dos, ó cosa así.

El señor presidente: ¿Y á qué hora llegarían ustedes al punto en que estaban los carreteros que les acompañaron?

El acusado: Una ó dos horas antes de ser de día.

El señor presidente: Observe V. S. que los carreteros están contestes en que V. S. llegó allí de cuatro á cuatro y media.

El acusado: En el azoramiento que tenía en aquellos momentos no pude fijar el tiempo á que llegué.

El señor presidente: Pero V. S. tiene declarado primero que sobre la una ó una y media le dijeron que se encargase del mando, porque por su clase le correspondía, y esto fué lo que escitó sus deseos de evadirse de allí.

El acusado: No así terminantemente. El oficial me dijo: «Vd., que es de mayor graduacion, parece que debía tomar el mando» y entonces yo me sobrecogí al considerar que se me tenía ya por uno de los amotinados.

El señor presidente: ¿A qué hora le dijeron á V. S. eso?

El acusado: Yo creo que sería la una y media ó cosa así.

El señor presidente: Pero es importantísimo saberlo á punto fijo, porque habiendo dicho V. S. que á la una y media fué cuando trató de evadirse y se fué al punto donde estaban los carreteros, y estando todos contestes en que V. S. llegó adonde ellos se hallaban á las cuatro y media de la mañana, ¿dónde paró V. S. desde la una y media á las cuatro y media?

El acusado: Anduvimos vagando por el campo del Moro, hasta que vimos la hoguera, y fué cuando nos aproximamos para que nos diesen acogida.

El señor presidente: Pero hallándose inmediato á la puerta de Segovia, si V. S. se encontraba inocente, ¿cómo no se presentó á las autoridades como pudo fácilmente ejecutarlo, á la manera que otros lo han hecho, y no que lejos de verificarlo así, trató V. S. de huir, y no así como se quiera, sino metiéndose en una casa de carbon, y procurando absolutamente y por todos los medios ocultarse á la vista de todos, y evitar el encuentro de las tropas leales? ¿De dónde, pues, nacía este miedo, cuando V. S. no tenía por qué ocultarse?

El acusado: V. E. sabe la delicadeza de un militar que por primera vez se ha visto en casos de esa especie. Yo trataba de ocultarme de todo el mundo, porque no se me creyese capaz jamás de una accion como la que se ejecutó.

El señor presidente: Yo suplico á V. S. preste atención á las expresiones de una declaración que va á leerse, cuya verdad está afirmada bajo juramento por la declaración.

El señor auditor Averilla leyó el siguiente párrafo de la declaración. «Conocido por la voz, abrieron y vieron al marqués de Povar, vestido de gentil-hombre acompañado de otro hombre grueso, vestido de paisano, y de otro de estatura regular y moreno, que uno dijo ser el brigadier Quiroga, y juntos penetraron hasta la portería de damas, donde les pidieron tanto la declaración como doña Carmen Machin, que hicieron retirar la tropa, lo que efectivamente hizo Quiroga, poniendo dos centinelas á la puerta, y mandando esperarla. En seguida se retiraron ambas al cuarto de doña Carmen, y después vieron pasar al brigadier Quiroga con el marqués de Povar, en compañía de doña Carmen, á la cual acompañaron hasta las piezas superiores.

El señor presidente: Señora doña Rosa Fidalgo, en nombre de la ley y del juramento que ha prestado, le mando á Vd. que diga si el acusado que tiene presente es el sujeto á quien alude en su declaración.

El acusado al oír estas palabras se vuelve de frente á la testigo.

La testigo: No, señor, no es este.

El señor presidente: El que dice Vd. que era Quiroga, ¿es el hombre grueso, ó el de estatura regular y moreno?

La testigo: Yo no los distinguía; al señor no le conozco. (Rumores).

El señor presidente: Pero si Vd. no los distinguía, entonces, ¿cómo sabe Vd. que no es el señor?

La testigo: Por que el señor es de una figura distinta.

El señor presidente: Acaba Vd. de decir que no los distinguía; y si no los distinguía, ¿cómo vió Vd. que el uno era grueso, que iba vestido de paisano, y que el otro era moreno?

La testigo: Eso consta en mi declaración y yo á eso me atengo.

El señor presidente: Bien, y Vd. está segura que ninguno de los dos es el señor?

La testigo: Si, señor, si: no es esa la fisonomía que yo he visto.

El señor presidente: Señor brigadier Quiroga, tiene V. S. algo mas que alegar en su defensa?

El acusado: Nada.

El señor presidente: Se levanta la sesion pública.

Terminada en efecto esta sesion, fué fallada la causa por el consejo, compuesto de los mariscales de campo don Dionisio Capáz, don Pedro Mendez Vigo, don Nicolás Isidro, don Pedro Ramirez, don Antonio de Quintanilla, y el brigadier don Ignacio Lopez Pinto, condenando al brigadier don Gregorio Quiroga y Frias, á la pena de ser pasado por las armas; al conde de Requena á seis años de encierro en el castillo del Morro de Puerto-Rico, con privacion de su empleo y recogiendo sus despachos y diplomas: á los carreteros á que les sirviese de pena el tiempo de prision que habian sufrido; y al fiscal coronel don Felipe de Arce á dos meses de arresto en el cuartel de Veteranos de Madrid, por haber disminuido la fuerza de las leyes militares.

Muchas y muy tristes reflexiones pudieran hacerse sobre la causa del brigadier Quiroga. Por mas que la busquemos, ni en el fondo ni en las formas se encuentra esa justicia y esa imparcialidad que tan indispensables son en esta clase de procedimientos. En ella parece verse desde luego la irrevocable resolucion de juzgar y fusilar militarmente al encausado, por mas que no se encontrasen fundamentos para ello en el hecho criminal que se perseguía.

En primer lugar el acusado, en el caso en que se trata, no podia serlo por delito de sedicion militar, como observó oportunamente el defensor, examinando el art. 26, trat. 8.º, tit. 10 de las ordenanzas militares. Esta disposicion que forma la regla de jurisprudencia militar en punto á sediciones, habla de los individuos correspondientes á un regimiento, batallon, escuadron, destacamento ú otra tropa que se halle sobre las armas ó junta para tomarlas, y en que tenga lugar la voz ó acto sedicioso. Estas son sus palabras, que fijan terminantemente la idea que se ha indicado. El brigadier Quiroga no correspondía á las tropas que se hallaban en palacio, ni fué aprehendido con armas, ni se ha demostrado que cooperase á algun objeto sedicioso en union con aquellas tropas. Era, pues, una injusticia notoria considerarlo como reo de sedicion militar.

Si nos contraemos ahora á las formas del proceso ajustadas por el consejo á la ley de 17 de abril de 1821, hallaremos en ellas otra injusticia no menos manifiesta. El artículo 2.º de la espresada ley dice lo siguiente. «Los reos de estos delitos, cualquiera que sea su graduacion, siendo aprehendidos por alguna partida de tropa... destinada espresamente á su persecucion por el gobierno ó por los gefes militares... serán juzgados militarmente por el consejo de guerra ordinario.» Y se añade mas adelante. «Si la aprehension se hiciese por orden ó requerimiento en auxilio de las autoridades civiles, el conocimiento de la causa tocará á la jurisdiccion ordinaria.» Esta última parte del artículo es bien explicita y terminante. Ahora bien: si el brigadier Quiroga fué aprehendido por el alcaide de Aravaca, auxiliado por los nacionales de aquel pueblo, como lo demuestra el oficio que encabeza el proceso y de que dimos cuenta en nuestro artículo anterior, no puede ser mas patente la ilegalidad cometida en someter al brigadier Quiroga á un consejo de guerra ordinario.

¿Y qué diremos si entramos de lleno en el examen del proceso: si leemos una tras otra las declaraciones de cinco carreteros, nueve oficiales militares ademas del general don Diego Leon, tres mas del cuerpo de alabarderos y dos señoras de palacio, que forman un total de veinte testigos sin tacha legal, de cuyas declaraciones no resulta cargo alguno formal contra el procesado, apareciendo á lo mas algunos leves indicios, algunas vagas sospechas, algunas mal fundadas conjeturas de que pudo estar complicado en los acontecimientos de aquella noche? ¿Qué diremos al ver que por estos indicios, que por estas sospechas y que por estas conjeturas se pedía la degradacion del brigadier, recogiendo todos sus despachos y diplomas, y la reclusion en una fortaleza por término de diez años?

Pero donde mas resalta la marcada animosidad del tribunal contra el infortunado brigadier Quiroga es en la sentencia pronunciada contra el mismo. Pareciéndole poco todavía diez años de confinamiento y una degradacion completa por algunos indicios de culpa, el consejo le impuso la de ser pasado por las armas, que acaso podia merecer por noticias secretas y estrañajudiciales que hubiese recibido el consejo; mas no ciertamente por los méritos legales de la cau-

sa. Y no fué esta la injusticia mas manifiesta que se cometió en la sentencia. El consejo se atrevió á atacar en ella á lo mas sagrado, á lo mas independiente, á lo mas invulnerable que hay en los tribunales de justicia, á saber, la opinion del fiscal como representante de la ley, en cuyo nombre habla y actúa. No ya por haber pedido la pena de diez años de confinamiento en vez de la de muerte; pero ni aun por haber pedido la absolucion libre con todos los pronunciamientos favorables al acusado, pudo merecer este funcionario el mas leve apercibimiento de parte del consejo.

Instruido y terminado el proceso en la forma que acabamos de esponer, y aprobada que fué por el regente del reino la sentencia de muerte pronunciada por el consejo contra el brigadier Quiroga, se notificó á este la fatal noticia, y fué puesto en capilla á la una del dia 2 de noviembre de 1841, para ser pasado por las armas el dia siguiente á la misma hora.

El brigadier Quiroga, que como militar entendido en procedimientos criminales veia que no se hallaba probada en los autos la criminalidad que se le imputaba, no pudo menos de saber con inaudito asombro y justa indignacion la sentencia de muerte que se le habia impuesto. Por mucho que esperase del encono de sus enemigos políticos, no debió creer nunca este desgraciado militar que llegase á tal extremo el furor y la venganza de las pasiones de aquella época desdichada. No obstante era preciso tener valor y resignacion. El decreto era irrevocable, y el monstruo de la revolucion necesitaba beber la sangre de una nueva víctima.

Quiroga se dispuso á morir, y despues de haber arreglado sus negocios, y cumplido sus obligaciones como cristiano, esperó, resignado con la voluntad de Dios, la hora de ver la última luz.

Á la una de la tarde del dia 4 salió del cuartel de Guardias en un carruaje, vestido de grande uniforme, llevando á su lado los dos sacerdotes que le habian acompañado en las horas angustiosas de la capilla, y dos militares.

El brigadier Quiroga marchaba con el semblante pálido y desencajado; pero al mismo tiempo se reflejaba en su fisonomía la serenidad y resignacion cristiana que fortalecian su espíritu en aquel trance supremo. Conversó en la carrera algunos momentos con uno de los sacerdotes que le acompañaban, y aun se le vió sonreirse alguna vez ligeramente.

Un concurso numeroso acompañó al reo por toda la carrera, sin que entre la multitud de gentes que se agolpaban por todas partes para verle, hubiese un semblante que no estuviera afectado y conmovido. Llegada la comitiva al Campo de Guardias, lugar de la ejecucion, el brigador se apeó del carruaje sostenido por los eclesiásticos y militares que le acompañaban. Entró dentro del cuadro que allí estaba formado, y puesto bajo la bandera del primer batallon de la milicia nacional, se le leyó la sentencia, que escuchó con religiosa conformidad, aunque con mortal abatimiento. Habló breves instantes con los sacerdotes que le auxiliaban, y habiéndose retirado estos, los soldados del cuadro dispararon el arma mortífera sobre la infeliz víctima. La suerte de este desdichado militar fué horrible hasta en los últimos momentos de su agonía. Despues del primer disparo palpitaba todavía la víctima, revolviéndose en su sangre, y fué necesaria una nueva descarga para que acabara de morir. El brigadier Quiroga fué fusilado dos veces; y la escena de su muerte dejó doblemente horrorizados á cuantos la presenciaron, y produjo en el público sensato de Madrid una impresion tan honda de compasion y de espanto, que todavía se recuerda con amargura este horrible incidente de su fusilamiento, que hizo mas sensible y dolorosa la desgracia de esta infeliz víctima de las pasiones políticas que agitaban el pais en aquellos dias de luto y desolacion.

MOSAICO.

INSTRUCCION PRIMARIA. Hay en España 15,640 escuelas, cuyo número está con los vecinos en la relacion de una por cada 171. De ellas son superiores 238 con 23,449 alumnos, 7,487 elementales completas con 436,941, y 7,310 incompletas con 203,221.

De los maestros, tienen título 6,847, y carecen de él 5,937; teniéndole 1,241 maestras, y estando sin él 1,261, siendo de lamentar que subsistan 5,740 maestros que necesitan de otra ocupacion para subsistir.

En la mayor parte de las escuelas se sigue el método simultáneo, y se ha adoptado en 227 el de Lancaster. El coste de cada escuela es por término medio de 1,264 rs., y hay todavía 10,325 sin local propio.

La relacion del número de niños que asisten con el de habitantes es de 1 á 17.

En Alemania hay 62,000 escuelas primarias con cerca de 6,000,000 de discípulos: 500 secundarias con 73,000: 23 universidades con 48,000: 123 escuelas normales con 6,000 y 400 industriales con 40,000 y 2,000 profesores. Cuenta ademas 36 seminarios, 70 institutos para sordo-mudos, 21 para ciegos, escuelas dominicales y de adultos.

INSTRUCCION PÚBLICA EN ESPAÑA. Para el curso que ha finalizado, se han matriculado 20,417 estudian-

tes, á saber: para filosofía 12,433; para teología 1,157; para jurisprudencia 3,730; para medicina 1,648; para cirugía 144, y 530 para farmacia, distribuidos todos en las 10 universidades de la Península, y colegios agregados, institutos de segunda enseñanza, y colegios agregados, y finalmente en los seminarios conciliares.

ULTIMOS MOMENTOS DE JEFFERSON. Tomás Jefferson, célebre publicista y uno de los virtuosos ciudadanos de que se envanee la América inglesa, decía muchas veces que uno de sus deseos más vehementes era morir el 4 de julio, aniversario del día memorable (4 de julio de 1776) en que había proclamado al mundo el advenimiento de una gran nación, aludiendo á la famosa declaración de la independencia. Este voto se le cumplió; el 4 de julio de 1816, aquel hombre venerable que hasta entonces luchó valerosamente con la muerte pareció aceptarla con alegría y como un beneficio largo tiempo esperado. Espiró aquel día mismo á los 84 años de edad. Pocas horas antes escribía á su amigo jóven aun.

«Esta carta será para vos, como si llegase de la mansión de los muertos. Antes de que podáis meditar acerca de los consejos que contiene, habrá descendido á la sepultura el que los escribe. Vuestro excelente padre deseaba que os dirigiese algunas líneas que pudieran ejercer una saludable influencia sobre los acontecimientos de vuestra vida, y además yo también tomo interés en ello. Con la disposición favorable que poseéis, me parece que bastarán pocas palabras. Adorad á Dios; amad y honrad á vuestro padre y madre; amad á vuestro prójimo como á vos mismo y á vuestro país mas que á vos propio. Sed justo, prudente y leal, y no murmureis contra la Providencia. Si seguís estos preceptos como yo os recomiendo, la carrera humana en que entráis ahora no será mas que el preludio de una felicidad inefable y de una vida eterna. Y si es permitido á los muertos ocuparse aun de las cosas de este mundo, vivid persuadido de que las acciones todas de vuestra vida, estarán desde arriba bajo mi protectora custodia. Adios.»

Las gentes de mas talento son las que mas se estravian cuando se excitan sus pasiones, porque entonces toda su imaginacion se aplica á encontrar argumentos en favor de su locura.

MEJORA DEL TELEGRAFO ELECTRICO. Alejandro Bann, anglo-americano ha descubierto y aplicado un siste-

ma que lleva la telegrafia al último grado de perfeccion á que parece puede aspirarse. Lo que se quiere trasmitir se escribe por un alfabeto particular, y puesto el papel en el aparato, queda copiado al otro extremo de la línea por el aparato mismo en un disco de papel, con una celeridad de mas de mil renglones por minuto. Y no es sola esta la ventaja del telégrafo electro-químico: reúne ademas las de no ser susceptible de que se padezca equivocacion, y su economía, pues solo hace necesaria una línea de

tado, se requiere buena estatua y presencia, y renunciar al consorcio durante el servicio.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 29 de julio.—Año de 1809. Accion de Egusastada por Mina á los franceses. 1815. Accion de Irua, ganada á los franceses por el general Morillo.—1837. Accion de Capsacorta.—Defensa de Morn de Ebro.

DIA 30.—1834. Acciones de Olazagoitia y pueblo de Artaza, en la que el general don Manuel Lorenzo, salvó con su division á la de Vizcaya, casi ya perdida y presentada en derrota.

DIA 31.—1808. Evacuan los franceses á Madrid y recobran el castillo de Mongat los españoles.—1839. Defensa de la venta de Santa Lucia.—1840. En este mes penetraron en Francia por Cataluña, mas de 18,000 hombres del ejército carlista, habiéndolo hecho Cabrera el 6 con 4,600 infantes y 300 caballos.

DIA 1.º de agosto.—1808. Desocupan los franceses las dos Castillas y se retiran á Vizcaya y Navarra.—1836. Accion de Zubiri.

DIA 2.—1812. Evacuan los franceses la costa de Cantabria conservando solo á Santoña.—1813. Bloqueo de Tarragona.—1838. Accion de Biosea.

DIA 3.—1808. Horroso bombardeo de Zaragoza, dirigido principalmente sobre el barrio situado entre las puertas de Santa Engracia y del Carmen.—1809. Los franceses sitiadores de Gerona se apoderan del convento de Santo Domingo.—1836. Accion de Orgeña.—1837. Accion de Ariza.

DIA 4.—1808. Los franceses consiguen entrar en Zaragoza hasta la calle del Coso, despues de una heroica defensa por parte de los sitiados, de haber dejado un número considerable de muertos.—1837. Zariátegui con su division despues de tres horas de combate entra por asalto en la ciudad de Segovia.—Defensa de San Juan de las Abadesas que dura hasta el 29.—1838. Accion de Peracamps.

POBLACION DE PARÍS. En el reinado de Luis el Onceavo no pasaba de 100,000 habitantes, y de 120,000 en 1464. En 1840 pasaba de 1,000,000.

ESTADÍSTICA DE LAS MONJAS EN ESPAÑA. Actualmente existen en clausura 10,334 religiosas, de las cuales devengan haber 8,615. Las 1,919 restantes no tienen derecho á pension, ya por la naturaleza de su instituto, ya por haber profesado posteriormente á su estincion.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



—Te creia mas rica, Marta.
 —¡Qué quieres! Mi padre no fué un usurero. Verdad es que ganaba su vida pres-tando á las viudas y cesantes, pero nunca los exigió mas que un cincuenta por ciento.
 —Eso es una miseria; seguiremos el tráfico, pero con mejores condiciones.
 —El sesenta, siquiera.
 —No; una paga por dos, que es cuenta redonda.
 —¡Ah picarillo!... Bien sabia yo en qué manos ponía mis intereses.

alambre, por todo lo cual se usa en una longitud de mas de 800 leguas.

ESCUADRA INGLESA. En 1.º del año actual la escuadra armada, ó activa de Inglaterra constaba de 4 navios, 23 fragatas, 9 id. de vapor, 32 bergantines, 67 vapores, 24 buques menores, cuyo total era 187 con la fuerza los vapores de 20,236 caballos.

TROPAS AMAZONAS.—El rey de Dahomey, negro, en Africa Occidental, cuenta con 4,000 mugeres, mitad de su ejército, de que constituyen la reserva, y en quien tiene por su lealtad y decision, la mayor confianza. Para ingresar en este cuerpo femenino, de valor acredi-

del viacrucis, y al anochecer, en el oratorio del Caballero de Gracia.

GACETILLA DEVOTA DE LA CAPITAL.

Lunes 29. Santos Marta, virgen; Felix, papa; Simplicio, Faustino; y Beatriz, mártires.—En la real iglesia de san Isidro, por la mañana á las nueve y por la tarde á las cuatro sigue el coro diario acostumbrado. En la parroquia de Santa Maria, continúa la novena á Nuestra Señora de la Flor de Lis, por mañana y tarde, hasta el domingo próximo. Cuarenta horas hoy en las Comendadoras de Santiago, donde con este motivo se celebra al santo apóstol, su titular.

Martes 30. Santos Abdon y Senen, mártires.—En san Antonio de los Portugueses, será el obsequio de costumbre a su glorioso titular, por la mañana. Cuarenta horas hoy y mañana en san Ignacio, calle del Príncipe, donde por la tarde habrá solemnias vespersas, y mañana funcion todo el día á su santo titular.

Miércoles 31. San Ignacio de Loyola fundador.—En la real iglesia de santo Tomás, fiesta por mañana y tarde á Nuestra Señora del Amor Hermoso, por su archicofradía de la corte de Maria. Idem el culto mensual á Maria Santísima de la Almudena por la mañana, y por la tarde proseguirá la indicada novena de la Flor de Lis, en la espresada iglesia de santa Maria, siendo mañana y no hoy.

Jueves 1.º de agosto. San Pedro Advincula.—En la real capilla de Palacio, el triduo mensual al Santísimo Sacramento, que terminará el sábado al medio día. En san Isidro, san Justo, san Pedro, san Lorenzo, y en san Ginés, la renovación de sagradas formas, por la mañana. Cuarenta horas hoy y el siguiente en san Francisco el Grande, donde por la tarde habrá vespersas, y mañana la anual festividad á Nuestra Señora de los Angeles, su augusta titular y patrona.

Nota. Desde las dos de la tarde de este día hasta mañana puesto el sol, se puede ganar el célebre jubileo llamado de la Perceñucuta, confesando, comulgando y visitando las iglesias del órden de san Francisco, que son la dicha de su advocacion, capillas de su V. O. T. y Enfermería, san Antonio del Prado, san Cayetano, Concepcion Francésa, Descalzas Reales, Caballero de Gracia (en Jesus), beaterio de san José, santa Clara (en las Galatravas), Capuchinas y Recojidas, donde mañana se celebrará por la mañana la misma festividad.

Viernes 2. La fiesta de Nuestra Señora de los Angeles; san Pedro, obispo de Osma, y san Esteban, papa y mártir.—En la capilla de Jesus Nazareno, se festejará segun costumbre, un divino titular, por mañana y tarde. En el primer monasterio de Salesas, el culto que todos los meses al Sagrado Corazon de Jesus, solamente por la tarde. En las Trinitarias, idem los ejercicios establecidos en honor de los corazones de Jesus y Maria. En el oratorio de S. Olivar, por la noche, los acostumbrados. En las Arrepentidas á las cinco, y en los Servitas á las seis por la tarde, se practicará el devoto y piadoso ejercicio

del viacrucis, y al anochecer, en el oratorio del Caballero de Gracia.

Sábado 3. La invencion del cuerpo del proto-mártir san Esteban, y la beata Juana de Aza.—En los templos citados ya en los números anteriores, se tributará el obsequio semanal de costumbre á la Santísima Virgen Maria. Cuarenta horas dos días, en el convento de Santo Domingo el Real, donde hoy se celebrará por mañana y tarde á la beata Juana de Aza, y mañana todo el día á su glorioso padre titular. Visitando dicha iglesia, desde esta tarde hasta el siguiente puesto el sol, se gana indulgencia plenaria, rogando á Dios por los fines de la concesion.

Domingo 4. Santo Domingo de Guzman, fundador.—En las parroquias, Palacio, Encarnacion, Buen Suceso, Retiro, san Isidro, Carmen, santo Tomas, y en algunos conventos de religiosas, misas mayores. En la de Santa Maria la Real de la Almudena, concluirá la novena y será la fiesta principal á Nuestra Señora de la Flor de Lis. En san Millan, continuará la dedicada á Maria Santísima de Guadalupe, por la tarde. En Italianos, terminará la sesena á san Luis Gonzaga, por la noche, con funcion por la mañana. En los oratorios del Espiritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, Arrepentidas, Servitas, san Pedro el Real, y Salesas nuevas, ejercicios espirituales de instituto, por la tarde. En el Rosario y en santo Tomás, por la tarde, se hará procesion con la Virgen del Rosario. En la capilla de la Orden Tercera de san Francisco, y en la de Chamberi, otros piadosos ejercicios. En la iglesia de san Francisco el Grande, á Nuestra Señora de las Flores, por la tarde, rosario cantado, letania y salve, con procesion. Y en la capilla de Belón (en san Juan de Dios), por la tarde, la visita de cruces, desde las cuatro en adelante.

FUNCIONES DE IGLESIA FUERA DE LA CORTE.

Día 29. A la gloriosa santa Marta, se celebrará en la villa de su mismo título, Martos, Los Morales y Salva. A san Valeriano, soldado, en el monasterio de Nuestra Señora de los Nogales.

Día 30. A los santos Abdon y Senen, mártires, en Segorve, Carmona, y en Calaspuzca, como á patronos; son abogados de las reimpuestas de piedra.

Día 31. A san Ignacio, en Palermo, Nápoles, Bolonia, Pamplona, Lovola, Azpeitia, y en Guipúzcoa, como á patron y su protector. A san Germán en Escalonilla.

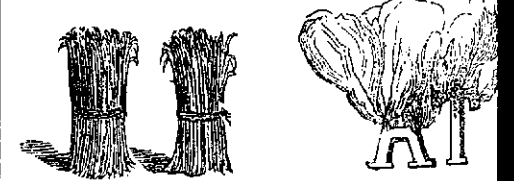
Día 1.º de agosto. A Nuestra Señora de Puy, en Estella, y a san Pedro obispo de Osma, en su ciudad, y como á patron, en las Ventas del Relampago.

Día 2. A la beata Juana de Aza, en Peñafiel, donde se venera su cuerpo.

Día 3. A san Aspreno, obispo, en Nápoles, como á su santo patron. A san Cristóbal, en Castiblanque.

Día 4. A santo Domingo de Guzman, en Teruel y Aranzueque, y como á patrono, en Nápoles y en Palermo.

LOGOGRIFO.



ON UN

LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior
MAS ENTERRADOS HAY EN ESE MUNDO Á MANOS DE MEDICOS Y ESCRIBANOS QUE POR EFECTOS DE LAS BALAS.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.